HOMILIA XXXVII (XXXVIII)

Cuando éstos se hubieron ido, comenzó Jesús a hablar de Juan a la muchedumbre: ¿Qué habéis ido a ver al desierto? ¿Una cana agitada por el viento? ¿Qué habéis ido a ver? ¿A un hombre vestido muellemente? Mas los que visten muellemente están en las moradas de los reyes. Pues ¿qué habéis ido a ver? ¿A un profeta? ¡Sí! Yo os digo que más que a un profeta (Mt 11, 7-9).

PERFECTAMENTE procedieron las cosas y las ordenó Cristo en lo tocante a los discípulos de Juan; y ellos se volvieron perfectamente confirmados en la fe por los milagros que ahí al punto se verificaron. Restaba, pues, curar las opiniones de la multitud acerca de Juan. Los discípulos de Juan nada más sospechaban de lo que se ha dicho de su maestro. Pero la turba, por las preguntas de los discípulos de Juan, sospechó muchas cosas absurdas, porque ignoraba la mente del que los había enviado. Es verosímil que en su interior las turbas discurrieran así: Aquel que tantos y tan grandes testimonios dio de Cristo, ¿ahora duda y ha cambiado de parecer sobre si éste es o es otro el que ha de venir? ¿Es que al hablar así quiere introducir división con los seguidores de Jesús? ¿O se ha acobardado por el encarcelamiento? ¿O dijo sin fundamento lo que antes afirmaba? Como era verosímil que las turbas sospecharan estas y otras cosas parecidas, observa en qué forma corrige las debilidades del pueblo y suprime semejantes sospechas.

Cuando éstos se hubieron ido, comenzó a decir a las turbas. ¿Por qué lo hace cuando éstos se habían ido? Para no parecer que adulaba a Juan. Pero al corregir las opiniones populares, no saca a relucir las sospechas del pueblo; sino que solamente da la solución a las dudas y raciocinios que perturban las mentes, demostrando así que conocía los secretos de los corazones de todos. No les dijo, como lo hizo con los judíos: ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? 1 Porque aun cuando así pensaran, no lo hacían por malicia, sino por no tener noticia de las cosas que se trataban. Por lo mismo no les habla con dureza, sino que solamente corrige sus pensamientos y defiende a Juan y demuestra que éste no había abandonado su primer modo de pensar ni lo había cambiado. Como si dijera: No es él un hombre voluble, sino firme y constante. Y de tal manera dispone las cosas que no abre al punto su parecer, sino que lo declara mediante el parecer del propio pueblo. Así les demuestra no sólo con las palabras de ellos, sino con las obras propias que han testificado en favor de la constancia de Juan.

Por esto les dice: ¿Qué habéis ido a ver al desierto? Como si les dijera: ¿Por qué abandonando las ciudades y las mansiones os habéis reunido todos en el desierto? ¿Fue acaso para ver a un hombre mísero y voltario? ¡Esto sería una locura! Pero esta no se deduce del íntimo anhelo con que corristeis al desierto. No habríais concurrido con tan gran empeno tanto pueblo y tantas ciudades al desierto y al Jordán, si no hubierais esperado ver a un hombre grande, admirable, constantísimo. No salisteis a ver una cana agitada por el viento; porque los hombres ligeros que se dejan llevar a una y otra parte y a veces afirman una cosa y a veces otra y en ninguna se afirman, son semejantes a las canas.

Observa cómo, dejando a un lado toda acusación de malicia, trata únicamente de la sospecha de ligereza que los preocupaba, y procura quitarla. Pero ¿qué salisteis a ver? ¿A un hombre vestido muellemente? Los que muellemente se visten están en las moradas de los reyes. Lo que significa: Juan no es por naturaleza ligero, y así lo demostrasteis vosotros con vuestro interés por él. Ni puede asegurarse que él al principio estuvo constante, pero que luego, por una vida entre delicias, se tornó muelle y delicado. Es cierto que entre los hombres los hay que nacen con ese natural; hay otros que después cambian y se tornan de otro modo. Así por ejemplo sucede que uno sea por naturaleza iracundo; otro, a causa de una larga enfermedad en la que contrajo ese vicio. Del mismo modo, unos por naturaleza son inconstantes, ligeros; otros lo son porque se entregaron a la voluptuosidad y a los placeres. Pero Juan no lo es por su natural: no habéis salido a ver una cana, ni ha perdido su firmeza natural de alma por haberse entregado a los placeres.

Y que no se ha entregado a la voluptuosidad, lo demuestra su vestido, el desierto, la cárcel. Si hubiera querido vestir muellemente, no habría habitado en el desierto ni en la cárcel, sino en el palacio real. Porque estaba en su mano, con sólo callar, gozar de grandes honores. Puesto que si Herodes a él encarcelado y de él reprendido, estando en prisiones, así lo reverenciaba, ciertamente si hubiera callado, aun lo habría adulado. Habiendo pues dado con sus obras un testimonio experimental de su firmeza y constancia ¿con qué derecho se puede sospechar de su ligereza? Una vez que tanto por el lugar como por el vestido y el concurso del pueblo ha descrito las costumbres de Juan, luego lo presenta como profeta. Pues habiendo dicho: ¿Qué salisteis a ver? ¿A un profeta? En verdad os digo, y más que profeta, anadió: Este es de quien está escrito: He aquí que yo envío a mi mensajero delante de tu faz, que preparará tus caminos delante de ti. 2 Tras del testimonio de los judíos, presenta al profeta. Más aún: pone primero el juicio de los judíos, testimonio de enemigos, que es el argumento de más fuerza por ser de enemigos; luego propone el género de vida que llevaba Juan; en tercer lugar, su propio juicio; en cuarto lugar el de Malaquías, cerrando así la boca a los judíos por todos lados. Y para que no alegaran y dijeran: bien está, pero ¿si después acá ha cambiado? anadió lo del vestido, la cárcel y finalmente la profecía.

Tras de decir que Juan era más que profeta, explica en qué es mayor. ¿En qué, pues, es mayor? En que está cercano al que viene. Pues dice: Enviaré mi mensajero delante de ti, es decir junto a Cristo. Así como sucede con los reyes que los que van junto a la carroza real tienen mayor dignidad, así se ve a Juan ir junto a Cristo, que ya llega. Observa cómo por aquí declara su excelencia; mas no se detiene en esto, sino que al punto manifiesta su propio parecer diciendo: En verdad os digo que entre los nacidos de mujer no ha aparecido uno más grande que Juan Bautista. Es decir que ninguna mujer ha dado a luz a otro mayor.

Basta con semejante parecer. Pero si quieres por las cosas mismas conocerlo, considera la mesa de Juan, su alimento, la alteza de su mente. Vivía como si ya estuviera en el cielo; y como si fuera superior a las naturales necesidades, llevaba un camino admirable y pasaba el tiempo íntegro en himnos y oraciones, hablando sólo con Dios y con ninguno de los mortales. No conocía a ninguno de los consiervos, no se daba a ver, no se alimentaba de leche, no disfrutaba del lecho ni del techo ni del foro ni de cosa humana alguna; y era al mismo tiempo lleno de vehemencia y de mansedumbre. Oye con cuánta mansedumbre habla a sus discípulos y con cuánta fuerza a los judíos y con qué libertad a los reyes. Por tal motivo decía Cristo: Entre los nacidos de mujer no ha aparecido uno más grande que Juan el Bautista.

Mas con el objeto de que las alabanzas no fueran a engendrar algún error y que los judíos no lo fueran a preferir a Cristo, mira cómo también esto lo endereza. Pues así como de las cosas con que los discípulos de Juan quedaban confirmados en la fe de ahí recibían daño las turbas, pensando que Juan era voltario, así con las que las turbas se confirmaban en la fe se les acrecía a aquéllos el daño, pues, por lo dicho, pensaban ser Juan superior a Cristo. Corrige Cristo todo esto y toda sospecha al decirles: Pero el más pequeno en el reino de los cielos, es mayor que él. El menor, es decir en la edad y en la opinión de muchos, pues a Jesús lo llamaban glotón y bebedor de vino. Y decían de El: ¿No es éste el hijo del carpintero?; 3 y por doquiera lo trataban con desprecio. Preguntarás: entonces Jesús comparado con Juan ¿era mayor? De ninguna manera. Pues tampoco Juan cuando dice: Es más fuerte que yo, 4 lo dice para poner comparación; ni tampoco Pablo, al hablar de Moisés lo hace cuando dice: Y es tenido en mayor gloria que Moisés. 5 Ni el mismo Jesús cuando decía: Y aquí está uno mayor que Salomón. 6 Y si concediéramos que lo hizo por establecer comparación, aclararíamos que lo hizo acomodándose a la rudeza de los oyentes.

Juan era tenido en gran estima, y la cárcel lo había tornado más insigne, lo mismo que la libertad en reprender al rey, cosas todas que muchos escuchaban con gusto 7. Porque también el Antiguo Testamento suele enmendar a los que yerran, comparando cosas que entre sí no admiten comparación. Por ejemplo cuando dice: No hay, oh Señor, semejante a ti en los dioses? Y también: No hay Dios como el Dios nuestro. 8 Hay quienes afirman que Cristo lo dijo refiriéndose a los apóstoles; otros aseguran que a los ángeles; pero mal. Porque los hombres, una vez que se han apartado de la verdad suelen caer en múltiples errores. Pues ¿cómo podía lógicamente haberlo dicho de los apóstoles o de los ángeles? Por lo demás, si de los apóstoles lo decía ¿qué le vedaba nombrarlos? En cambio, hablando de sí mismo, rectamente y con derecho oculta la persona a causa de la opinión que de él se tenía y para no parecer que se alababa a sí mismo. Siempre procede así.

Y ¿que significa: en el reino de los cielos? Es decir en las cosas todas espirituales y celestiales. Al decir: Entre los nacidos de mujer no ha aparecido nadie mayor que Juan, se contradistingue de Juan y se aparta de toda comparación. Pues aun cuando El también era nacido de mujer, pero no al modo de Juan, pues no era sólo hombre ni había nacido al modo humano, sino con un parto estupendo y maravilloso. Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora el reino de los cielos se alcanza por la fuerza y los esforzados lo arrebatan. Preguntarás: ¿cómo se compone esto con las cosas que preceden? De modo excelente y muy lógico. Porque con esto Cristo excita y empuja a las turbas a que crean en El; y al mismo tiempo confirma lo que anteriormente había dicho Juan. Pues si hasta llegar a Juan se ha completado todo, entonces: Yo soy el que viene. Porque dice: Porque todos los profetas y la ley han profetizado hasta Juan. Como si dijera: No habrían cesado de hablar los profetas, si yo no hubiera venido. No esperéis pues ya más: no esperéis que venga otro.

Desde el momento en que cesaron los profetas y que muchos arrebatan la fe en mí, es claro que Yo soy ése; y esa fe es tan clara y manifiesta que muchos día a día la arrebatan. Preguntas: ¿quiénes la han arrebatado? Responde: todos cuantos con empeno se han acercado a Cristo. Enseguida pone otro indicio: Y si queréis oírlo, él es Elías, que ha de venir. Dice Malaquías: Ved que yo mandaré a Elías el profeta, quien convertirá el corazón de los padres a los hijos. 9 Dice, pues, Cristo: este es Elías, si con cuidado atendéis. Puesto que afirma Malaquías: He aquí que voy a enviar a mi mensajero delante de ti.

Y con razón dijo: si queréis oírlo, manifestando así que a nadie se le obliga ni se le hace violencia. Como quien dice: Yo a nadie obligo. Quería por este medio pedir una voluntad pronta, y también demostrar que aquel Elías es este Juan y este Juan es aquel. Elías. Porque ambos tuvieron el mismo ministerio y ambos fueron precursores. Por lo cual no dijo simplemente: este es Elías, sino: Si queréis oírlo, éste es. O sea: si es que atendéis a los hechos con recta voluntad y sano juicio. Y no se detuvo aquí, sino que demostrando que se necesita comprensión, a la expresión: éste es Elías, que ha de venir, anadió: El que tiene oídos para oír que oiga.

Tantos misterios y cosas enigmáticas les proponía, para obligarlos a preguntar. Pero ni así despertaban. Y mucho menos habrían despertado si todo lo hubiera dicho clara y manifiestamente. Pues no puede decirse o que no se atrevían a preguntarle o que El se mostraba difícil para acercársele. Puesto que quienes acerca de cosas banales le habían interrogado y examinado, y habiendo sido infinitas veces rechazados no habían cesado en su empeno ¿cómo no lo iban a interrogar en cosas necesarias, si hubieran querido aprender? Lo interrogaban en asuntos de la Ley y cuál era el precepto principal, y le hacían otras preguntas semejantes, y esto sin que les urgiera necesidad alguna. ¿Cómo entonces, cuando él decía cosas que debía responder, no habían ellos de explanar ellos su pensamiento? ¿Sobre todo siendo así que él mismo parecía exhortarlos y empujarlos? Así, cuando decía: Los esforzados lo arrebatan, excitaba sus ánimos; y cuando decía: El que tiene oídos para oír, que oiga, hacía lo mismo. Y dice luego: ¿A quién compararé esta generación? Es semejante a los ninos sentados en la plaza, que se gritan unos a otros diciendo: Os tocamos la flauta y no habéis bailado; hemos cantado endechas y no os habéis dolido. También esto parece desconectado de la serie precedente, y sin embargo pertenece al mismo desarrollo, ya que se refiere a lo principal del asunto; es decir a demostrar que Juan no se contradijo en sus procederes, aunque los hechos parecieran decir lo contrario, como ya lo advertimos, hablando de las preguntas. Demuestra además que no se pasó de largo nada de lo perteneciente a la salvación de ellos.

Es lo que el profeta dijo acerca de la vina: ¿Qué más podía yo hacer por mi vina que no lo hiciera? 10 Cristo dice: ¿A quién compararé yo esta generación? Es semejante a los ninos sentados en la plaza, que se gritan unos a otros, diciendo: Os hemos tocado la flauta y no habéis bailado; os hemos cantado endechas y no os habéis dolido. Porque vino Juan, que no comía ni bebía, y dicen: Está poseído del demonio. Vino el Hijo del hombre, que come y bebe y dicen: Es un comilón y un bebedor de vino, y es amigo de los publicanos y pecadores. Como si dijera Cristo: Juan y yo vamos por contrarios caminos, pero hacemos lo mismo. Como si dos cazadores viendo una bestia feroz difícil de coger, pero que puede ir a caer en la red por dos caminos, ocupara cada uno de ellos uno de los caminos, de modo que el uno la empuja por una senda contraria a la del otro, y así por medio de uno de los dos venga a quedar prisionera.

Mira cómo todo el género humano suele admirar el ayuno, lo mismo que la austeridad de la virtud. Por esto el negocio todo se instituyó de tal manera que Juan ayunara desde su tierna edad y cultivara ese género de vida para que por este medio mereciera fe su predicación. Preguntarás: ¿por qué motivo Cristo no siguió ese camino? Ciertamente lo siguió al ayunar durante cuarenta días y andando por los pueblos ensenando, sin tener en dónde reclinar su cabeza. Además, con el otro modo de vida que instituyó también se logrará lucro. Al fin y al cabo, lo uno era equivalente a lo otro; y aun había en el segundo camino una ventaja: tener en su favor el testimonio del que lo había emprendido. Por lo demás, Juan solamente exhibía la austeridad de su vida, pues no hizo ningún milagro, mientras que Jesús tuvo además el testimonio de los milagros y portentos. Dejando, pues, que Juan fuera celebrado por sus ayunos, Cristo tomó el camino contrario y entraba a las mesas de los publicanos y comía con ellos y bebía.

Preguntemos a los judíos si el ayuno es cosa buena y admirable. Entonces, convino creer en el Bautista y recibirlo y obedecerlo. Con esto, sus palabras os iban a conducir a Jesús. ¿Es el ayuno oneroso y duro? Entonces, había que obedecer a Jesús y darle fe, aunque iba por un camino contrario. Por cualquiera de los dos caminos habríais entrado en el reino. Pero los judíos, al modo de una bestia feroz, ambos caminos los tomaron a mal. De modo que de parte de los dos a quienes no se dio crédito, no hay culpas sino de parte de quienes no creyeron. Puesto que nadie hay tan falto de razón que alabe o vitupere al mismo tiempo las cosas que son entre sí contrarias.

Por ejemplo: quien alaba a un hombre ligero y perezoso, no aprobará al cenudo y bárbaro; y el que alaba al severo, no aprobará al ligero. Porque no se puede lógicamente aprobar una y otra cosa. Por este motivo dijo Cristo: Os tocamos la flauta y no bailasteis; es decir os hemos presentado una vida no austera y no nos habéis obedecido. Y luego: Os cantamos endechas - y no os habéis dolido; es decir: Juan os abrazó con una vida austera y grave y tampoco le hicisteis caso. Y no dijo: Juan tomó aquel género de vida y yo este otro, porque siendo una misma la finalidad de ambos, sólo los medios eran encontrados. Por esto dice que los hechos eran los mismos. El que tomaran caminos encontrados nacía precisamente de una mayor concordia, pues todo se dirigía al mismo fin.

Entonces, oh judíos ¿qué defensa os queda en adelante? Por tal motivo Cristo anadió: Y la Sabiduría se justifica por sus obras. Como si dijera: aun cuando no hayáis obedecido, pero a mí en adelante ya no podréis acusarme. Que es lo que dijo el profeta hablando del Padre: Para que sea reconocida la justicia de sus palabras. 11 Dios, aun cuando no hiciera más que cuidar de nosotros, cumple con todo lo que le toca, hasta el punto de no dejar a los necios y a los malvados ni una sombra de duda. Y aun cuando los ejemplos de que usa sean vulgares y nada pulidos, no te admires, pues así se adaptaba a la rudeza de los oyentes. También Ezequiel pone muchos ejemplos que son oportunos para el pueblo, aunque parezcan no dignos de Dios. Por lo demás, también esto entra en la providencia divina y es digno de ella.

Considera, por otra parte, cómo los judíos también por otros caminos eran llevados a diversas sentencias y pareceres. Habiendo ellos dicho que Juan era un endemoniado, no se detuvieron aquí, sino que también lo afirmaron de Cristo, que vivía de un modo contrario al de Juan. Hasta ese punto andaban traídos y llevados de encontrados y varios pareceres. Lucas, aparte de esa acusación, aduce otra más grave, cuando dice: Los publicanos justificaron a Dios recibiendo el bautismo de Juan. 12 Y una vez que la Sabiduría quedó justificada; una vez que demostró que todo se había cumplido, se querella de las ciudades de Cristo y llama a sus habitantes míseros, pues no logró persuadirlos, lo cual es peor que si les pusiera terror. Usó de la ensenanza y de los milagros. Mas, como permanecieron en su misma incredulidad, finalmente los querella y dice el evangelista: Comenzó entonces a increpar a las ciudades en que había hecho muchos milagros, porque no habían hecho penitencia, diciendo: ¡Ay de ti, Corazaín! ¡ay de ti, Betsaida! Y para que veas que ellos no eran tales por naturaleza, pone el nombre de las ciudades de donde habían salido cinco apóstoles. Porque de ahí eran Felipe y los dos pares de corifeos [Pedro y Andrés, Santiago y Juan].

Y dice: Porque si en Tiro y Sidón se hubieran hecho los milagros que en vosotras, mucho ha que habrían hecho penitencia en saco y ceniza. Así, pues, os digo que Tiro y Sidón serán tratadas con menos rigor que vosotras en el día del juicio. Y tú, Cafarnaúm, ¿te levantarás hasta el cielo? ¡Hasta el infierno serás precipitada! Porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros hechos en ti, hasta hoy subsistirán. Así, pues, os digo que el país de Sodoma será tratado con menos rigor que tú el día del juicio. No sin motivo nombra a Sodoma, sino para agrandar el peso de la acusación. Porque gran argumento de perversidad es que aparezcan peores que los malvados que antes existieron y no solamente que los que ahora viven.

Del mismo modo los condena en otra parte, comparándolos con los ninivitas y con la reina del Austro; con la diferencia de que en este último pasaje compara a los que han obrado el bien; y en aquel otro a los que han obrado el mal, lo que es todavía más grave. Ezequiel usó de este mismo modo de condenar cuando dijo de Jerusalén: Hasta el punto de hacer justas a tus hermanas con todas las abominaciones que tu has cometido 13 Suele en el Antiguo Testamento proceder en esta forma cuando se trata de esta materia. Y no terminó aquí su discurso, sino que aumentóles el terror diciendo que sufrirán más graves tormentos que los de Sodoma y los de Tiro. Así, de todos lados los excita, bien llamándolos míseros, bien metiéndoles miedo.

Apliquémonos a nosotros mismos esto, pues no sólo a los incrédulos, sirio también a nosotros nos amenazó con el castigo mayor que a los de Sodoma, si no recibimos y hospedamos a los peregrinos que vienen a nosotros, cuando ordenó a los apóstoles que aun sacudieran el polvo de su calzado. Y con razón. Pues aquéllos, si pecaron, cayeron antes de la Ley y de la gracia; pero nosotros, que pecamos después de tantos cuidados como se nos han prodigado ¿de qué perdón seremos dignos si mostramos tan grande aborrecimiento a los huéspedes y cerramos las puertas a los necesitados y antes que las puertas, los oídos mismos? Y no sólo a los pobres sino también a los necesitados. Las cerramos a los pobres porque las cerramos a los apóstoles. Es que mientras se lee a Pablo, tú no atiendes; y cuando Juan nos predica, tú no lo oyes. Entonces ¿cuándo darás hospitalidad al pobre, pues ni siquiera al apóstol recibes? Así pues, para que a éstos las puertas y a aquéllos los oídos queden abiertos, limpiemos de los oídos del alma todas las suciedades. Pues así como la inmundicia y la tierra tapan los oídos corporales, así los cantares de las meretrices, las narraciones profanas, las deudas, las conversaciones sobre la usura y los réditos cierran los oídos del alma, mucho más que cualesquiera inmundicias. Más aún: no solamente los cierran sino que los manchan. Los que tales cosas a referir se entregan, echan estiércol en vuestros oídos. Y lo que cierto bárbaro amenazaba a Israel diciendo: Comeréis vuestro estiércol, 14 eso hacen aquéllos con vosotros, no con palabras, sino con obras, y os obligan a soportarlo. Más aún: cosas mucho más graves. Porque los dichos cantares son con mucho más repugnantes.

Y lo peor es que ya no os molestan, sino que aun los reís y celebráis, cuando lo conveniente sería huirlos y execrarlos. Y si tales cosas no son abominables ¡vaya! ¡baja tú mismo a la orquesta, imita eso que alabas; o mejor aún, vete con ese que semejante risa ha excitado! Por cierto que nunca te atreverías a hacerlo. Entonces ¿por qué tanto lo honras? Las leyes escritas de los griegos a tales hombres los tienen como infames ¿y tú, en cambio, juntamente con toda la ciudad, los recibes como si fueran Legados o Capitanes; y convocas a todos para que reciban el lodo en sus oídos? Si tu esclavo, oyéndolo tú, dice algo torpe, lo castigas con golpes sin número; si tu hijo, si tu mujer, si otro cualquiera así procede, lo tienes como ofensa. En cambio, si hombres despreciables y abyectos te convocan a escuchar palabras torpes, no sólo no te indignas, sino que te gozas y aun alabas.

?Hay algo que se iguale a semejante locura? Dirás que al fin y al cabo tú no pronuncias semejantes palabras. Pero ¿hay en eso alguna ganancia? Más aún: ¿de dónde consta que no las pronuncias? Si nunca las pronunciaras, jamás te reirías al oírlas ni correrías con tanto empeno a escuchar lo que te deshonra. Porque, dime: ¿te gozas oyendo blasfemias? ¿acaso no te horrorizas y te tapas los oídos? Yo pienso que sí lo haces. ¿Por qué? Porque tú nunca blasfemas. Pues procede del mismo modo respecto de las palabras aquellas torpes. Si quieres demostrarnos claramente que no te gozas cuando hablan torpezas, no soportes el oírlas. ¿Cuándo podrás llegar a ser un hombre probo, si te alimentas de oír torpezas tales? ¿Cuándo podrás soportar los trabajos de la castidad yendo así poco a poco en descenso a causa de esas risas y cantares y palabras obscenas? Si con trabajo el alma que se conserva pura y alejada de todo eso, puede ser casta ¿cuánto menos podrá serlo la que se acostumbra a escuchar tales cosas? ¿Ignoráis que todos somos inclinados a la perversidad? Pues si a ésta la convertimos en arte y oficio ¿cómo podremos escapar del horno aquel? ¿No habéis oído lo que dice Pablo: Regocijaos en el Señor 15!No dijo: en el demonio! Pues ¿cuándo podrás escuchar a Pablo? ¿cuándo podrás tener conciencia de tus pecados, pues vives perpetuamente ebrio a causa de semejantes espectáculos? Que acudas a la iglesia ni es cosa grande, ni digna de admiración... Aunque sí es cosa de admiración. Porque vienes aquí perezoso y a la ligera. En cambio corres al teatro con gran anhelo y empeno. Y esto es claro por lo que luego refieres en tu hogar cuando regresas. Porque lleváis a vuestros hogares cada uno de vosotros el lodo que se os infundió mediante las palabras, los cantos, las risotadas; y no únicamente a vuestros hogares, sino a lo más interior de vuestras mentes; y ya no os apartáis de esas cosas dignas de abominación: de manera que ya no tienes odio sino amor a lo abominable.

Muchos hay que al volver de visitar los sepulcros, se purifican con el bano; pero cuando regresan del teatro, no lloran, no derraman una fuente de lágrimas. Y eso que el cadáver no es cosa inmunda, mientras que el pecado mancha en tal manera que no puede purificarse ni con mil fuentes, sino sólo con las lágrimas y la confesión. Pero ya no hay quien sienta esta mancha; y pues no tememos lo que debíamos temer, tememos lo que no debíamos. Pero ¿qué estrépito es ése? ¿qué tumulto? ¿qué clamores satánicos? ¿qué vestidos y posturas satánicas? Ahí va uno, joven, con la cabellera anudada detrás; y con su presentación misma está afeminando su naturaleza, lo mismo que con sus modales, con su vestido y con todo lo que lleva; y trata de parecerse a una doncella. Allá va otro, anciano, con la cabeza rapada a navaja, cenidos los rinones, después de que antes de raerse la cabeza y sus cabellos, ha raído del todo su pudor; y se presenta a recibir bofetadas y preparado a decir y hacer cuanto se ofrezca. Y las mujeres, descubierta la cabeza, olvidando todo rubor, se presentan y hablan al pueblo con suma y empenosa impudencia, infundiendo en los oyentes la más alta petulancia y la más completa lascivia. No tienen sino un anhelo: extirpar de raíz toda castidad y manchar la naturaleza humana y satisfacer la concupiscencia del perverso demonio de la carne. Porque en el teatro, las palabras obscenas, las figuras ridículas, el corte del pelo mismo, el modo de andar, el vestido, la voz, lo muelle de los miembros, lo tornátil de los ojos, las flautas, las tonadas, el drama, el argumento, en una palabra, todo está redundando en extrema lascivia.

?Cuándo, pregunto yo, podrás volver en ti, una vez que el demonio te hace beber tan ingente copa de fornicaciones y mezcla para ti tantas cráteras de intemperancia? Porque ahí en el teatro se ven fornicaciones, adulterios, prostitutas, hombres afeminados, jóvenes muelles, todo repleto de iniquidad y de cosas de magia y de hechicería. De manera que quienes ahí están sentados no conviene que se rían de semejante espectáculo, sino que lloren y giman. Preguntarás: entonces ¿cerramos los teatros? Por tu mandato se armará una revuelta. ¡Pero si ya todo es revuelta! ¿De dónde salen los que andan poniendo asechanzas a los matrimonios? ¿no es acaso de lo que ven en el escenario? ¿De donde los que violan el tálamo nupcial? ¿Acaso no es de aquel teatro? ¿No es ahí en donde aprenden a ser molestos a sus esposas? ¿No es ahí donde aprenden a despreciar a sus mujeres? ¿No salen de ahí infinitos adúlteros? ¡El que todo lo revuelve es el que asiste al teatro y trae luego de ahí la recia tiranía! Alegarás que de ningún modo es así, ya que el teatro ha sido instituido por las leyes y ordenado para el bien, Porque, anades, el rapto de las mujeres y el insultar obscenamente a los jóvenes y el deshacer los hogares, todo eso es propio de quienes conquistan las acrópolis. ¿Quién, continúas, por tales espectáculos se ha hecho fornicario? Mejor pregunta: ¿quién no? Si fuera lícito publicar nombres, podría yo deciros a cuántas esposas esos teatros han arrebatado el esposo; y a cuántos han cautivado aquellas meretrices, de los cuales a unos los arrancaron del lecho conyugal y a otros los hicieron que no pudieran tomar esposa. Pero insistes: ¿de modo que echaremos abajo todas las leyes? Respondo que al revés: derribados los teatros, habremos acabado con las transgresiones legales. Porque del teatro salen los que hunden las ciudades; del teatro salen las sediciones y las revueltas. Quienes se alimentan de semejantes espectáculos y ven en su voz a causa de la necesidad del estómago, y que no tienen otro oficio ni ocupación que andar gritando y ejecutar, cualquier cosa por absurda que sea, ésos son sobre, todo los que conmueven a los pueblos y promueven en las ciudades los tumultos. Una juventud ociosa, en semejantes espectáculos educada, se torna más cruel que cualquier bestia salvaje.

?De dónde, pregúntate, salen los charlatanes adivinos? ¿No salen de ahí a provocar sin motivo a la plebe desocupada y logran que los bailarines saquen beneficios de semejantes tumultos y que las meretrices sirvan de obstáculo a las mujeres honradas?-Porque llegan a tales géneros de maleficios que no dudan en profanar los huesos de los muertos. ¿No proviene esto de que para esos coros diabólicos se ven obligados a gastos sin cuento? ¿De dónde nacen la lascivia y males sin número? ¿Observas cómo eres tú quien disturba la vida y relaciones humanas cuando a tales cosas a otros arrastras? Por mi parte, creo que semejantes prácticas deben abolirse.

Dirás: entonces ¡cerremos la orquesta! ¡Ojalá fuera eso posible! Más aún: si queréis, cuanto es de mi parte ya está cerrada y destruida. Pero no es eso lo que yo aconsejo. Quedando ella en pie, dejadla vacía; ¡cosa de mayor alabanza que destruirla! Si a nosotros no hacéis caso, a lo menos imitad a los bárbaros, que no tienen tales espectáculos vergonzosos. Pero ¿qué excusa tendremos en adelante nosotros, los ciudadaños del cielo, los inscritos en el coro de los querubines, los consortes de los ángeles, si somos en esto peores que los bárbaros, cuando está en nuestra mano inventar otros mil géneros de placeres, mayores que ésos? Si anhelas recrearte, anda a los jardines, al río que al lado se desliza, a los estanques. Contempla los huertos, escucha las cigarras que cantan, paséate por entre los sepulcros de los mártires, en donde se encuentra la salud de los cuerpos y la utilidad de las almas, sin daño alguno y sin remordimientos después, como después de aquellos espectáculos. Tienes esposa, tienes hijos. ¿Qué deleite hay que a ése se iguale? Tienes hogar, tienes amigos: esto alegra y juntamente con la templanza, produce ganancias grandes. ¿Qué hay, te pregunto, más suave que los hijos? ¿qué más dulce que la esposa para quienes son continentes? Corre entre la gente un dicho que aunque es de bárbaros pero está henchido de filosofía. Como ellos oyeran contar acerca de esos teatros perversos y de su infame deleite, comentaban: Los romanos, como si no tuvieran hijos ni esposas, inventaron esos placeres, con los que manifiestan que nada hay más dulce que los hijos y las esposas, si se quiere vivir honestamente.

!Bueno!, dirás. Pero, ¿si yo demuestro que ningún daño se sigue de presentarse con frecuencia en el teatro? Respondo que ya esto mismo es un gravísimo daño: el perder el tiempo y escandalizar a otros sin causa ni motivo. Aun cuando tú no sufras 11 daño, haces que el otro se aficione a tales espectáculos. Sin embargo, ¿cómo dices que no recibes daño, cuando das ocasión para esos espectáculos? Porque el charlatán adivino, el joven corrompido, la fornicaria, todos esos coros diabólicos, te hacen causante de los dichos espectáculos. Así como si no hubiera espectadores, no habría quienes dieran el espectáculo, así, porque hay espectadores, comparten éstos la responsabilidad del fuego que desde, ahí se, reparte. De modo que aun cuando nada padezca con ello tu castidad -!cosa que es imposible!- pagarás el grave castigo de los otros, ya sean espectadores ya actores.

Por lo que mira a la castidad, más habrías ganado con no asistir. Si ahora eres casto, más lo serías si no hubieras asistido. No discutamos, pues, inútilmente, ni busquemos vanas excusas. No hay sino una excusa, una defensa: huir de ese horno babilónico, vivir lejos de esa meretriz egipcia, aunque sea necesario abandonarle el manto. Así gozaremos de gran placer porque nuestra conciencia no nos acusará y llevaremos una vida casta y conseguiremos los bienes eternos, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, al que sea la gloria y el poder, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén

HOMILIA XXXVIII (XXXIX)

Por aquel tiempo tomó la palabra Jesús y dijo: Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a los sabios y discretos y las revelaste a los pequenuelos. Sí, Padre, porque así te plugo (Mt 11, 25-26).

OBSERVA DE cuántos y cuán variados modos los lleva a la fe. En primer lugar con las alabanzas a Juan. Pues al demostrar que era varón grande y admirable, hizo dignas de fe sus palabras y sus obras con que los había Juan atraído a su conocimiento. En segundo lugar, avisándoles que el reino de los cielos se conquista a la fuerza y que son los esforzados quienes lo arrebatan; que es cosa propia de quien excita e impele. En tercer lugar, demostrándoles que ya todo lo anunciado por los profetas estaba cumplido. Pues con esto les declaró que El había sido predicho por ellos. En cuarto lugar, manifestándoles que de su parte había hecho todo cuanto debía hacerse, cuando les propuso la parábola de los muchachos en la plaza. En quinto lugar, cuando reprochó a los incrédulos y anadió terrores y amenazas. En sexto lugar, cuando dio gracias a su Padre por los que habían creído. Porque ese: Te alabo, significa en este sitio Te doy gracias. Te doy gracias, dice, porque ocultaste estas cosas a los sabios y discretos.

?Significa esto que El se goce de las ruinas y de que aquéllos no conocieran tales cosas? ¡De ninguna manera! Sino que éste es el más excelente camino de salvación: que quienes rechazan y no quieren oír lo que se les predica, de ningún modo sean obligados; para que, pues siendo llamados, no se hicieron mejores, sino que se apartaron y despreciaron la predicación, al menos con verse rechazados, queden invitados y se le conduzca a desear las cosas que se han predicado. Aparte de que por este medio, los que atendieran se tornarían más empenosos. Que a los segundos se les revelen es cosa que causa gozo; que a estos otros se les escondan, es cosa que causa no gozo, sino lágrimas de compasión. Así lo practicó Jesús cuando lloró sobre la ciudad ingrata por conmiseración. De manera que no se goza de la ruina, sino porque lo que no conocieron los sabios, lo conocen los apóstoles. Es como dijo Pablo: Pero gracias sean dadas a Dios porque siendo esclavos del pecado obedecisteis de corazón la norma de doctrina a que os disteis. 16 No se alegra Pablo porque fueron siervos del pecado, sino porque, siendo tales, al fin lograron tan grandes bienes.

Llama aquí sabios a los escribas y fariseos. Y se expresa así para hacer más prestos a los discípulos y para manifestar cuán grandes dones han alcanzado ellos, pecadores; dones que aquellos otros en absoluto perdieron. Y cuando los llama sabios, no habla de la verdadera y laudable sabiduría, sino de la otra aparente que creían haber conseguido con su porte majestuoso y grave. Por eso no dijo: Que revelaste a los necios, sino a los pequenuelos; es decir a los sinceros y sencillos. Declaró así además que aquéllos no la habían alcanzado, no sólo por ser indignos, sino además con todo derecho. Nos ensena de este modo a huir de la soberbia y buscar la sencillez.

Pablo se extiende en esto cuando escribe: Si alguno de vosotros cree ser sabio según este siglo, hágase necio para llegar a ser sabio. 17 De este modo se muestra ser don de Dios. Pero ¿cómo es que Cristo da gracias al Padre, siendo así que aquello era obra suya? Así como ruega a Dios, manifestando su gran caridad para con nosotros, así igualmente da gracias, cosa que es muestra de íntimo carino; y al mismo tiempo declara que aquellos otro, se han apartado no solamente de él, sino también del Padre. Lo que ordenó a sus discípulos: No deis lo santo a los perros, 18 ya lo había El practicado. Manifiesta también su voluntad y la de su Padre: la suya, pues se complace y da gracias por lo hecho; la del Padre, demostrando que el Padre, no por ruegos lo había hecho, sino que se había determinado a ello espontáneamente. Porque dice: Porque así te plugo, es decir, te agradó.

Por qué motivo se hubieran escondido tales cosas a los sabios, oye cómo Pablo lo declara: Porque buscando la, justicia propia, no se sometieron a la justicia de Dios. 19 Considera en qué estado de animo se encontrarían los discípulos al oír aquellas cosas, es a saber: que ellos conocían lo que ignoraban los sabios; y lo conocían permaneciendo en su pequenez y por revelación de Dios. Lucas dice que en aquel tiempo, cuando regresaron los setenta refiriendo lo de echar los demonios, El se alegró en gran manera, y que fue entonces cuando dijo esas palabras con que los volvía más empenosos y al mismo tiempo los preparaba para ser moderados. Porque era verosímil que les produjera vanagloria el arrojar los demonios; y así por aquí les bajaba los humos. Ya que lo que sabían era fruto no de sus estudios, sino de la revelación.

Los escribas y sabios, por juzgarse a sí mismos prudentes, a causa de su hinchazón perdieron semejantes dones. Como si les dijera: Puesto que a ésos a causa de su hinchazón se les ocultó la revelación, tened vosotros moderación y permaneced pequenos. Porque de esto nació el que disfrutéis de la revelación; así como por el vicio contrario aquéllos se vieron privados de ella. Cuando dice revelaste no significa que todo fuera de Dios. Así como cuando Pablo dice: Dios los entregó a su réprobo sentir y cegó su inteligencia, 20 no significa que Dios haya hecho todo eso, sino que ellos le dieron motivo, así acá, en el mismo sentido dice Cristo: escondiste. Y pues dice: Te alabo, Padre, porque lo escondiste a ésos y lo revelaste a los pequenos, para que no pienses que no lo pudo hacer por faltarle virtud y que por esto da gracias a su Padre, anadió en seguida: Todo me ha sido entregado por mi Padre. Y a los que se alegraban de que los demonios les obedecían, les dijo: ¿Por qué os admiráis de que os obedezcan los demonios? Todo es mío. Todo me ha sido entregado. Y cuando oyes me ha sido entregado, no pienses nada humano. Se expresa así para que no creas que hay dos dioses no engendrados. En otros pasajes afirma con frecuencia ser El a su vez coeterno con Dios y Señor de todo.

y luego, levantando tu mente a lo que es correcto, afirma algo más grande todavía. Y nadie conoce al Hijo sino el Padre; y nadie conoce al Padre sino el Hijo. A quienes ignoran las cosas, les parece que no hay conexión entre esto y lo dicho más arriba; y sin embargo, perfectamente consuena todo. Pues había dicho: Todo me ha sido entregado por mi Padre, parece ahora decirles: ¿Hay algo admirable en que yo sea Señor de todas las cosas, cuando poseo algo que es superior a todo eso, como es el conocer al Padre y ser Yo consubstancial con El? Porque esto fue lo que dejó entender oscuramente, como consecuencia de que sólo El conoce al Padre. Cuando afirma: Nadie conoce al Padre, sino el Hijo, esto fue lo que quiso decir.

Observa en qué circunstancias lo dice. Cuando ya por sus obras había demostrado claramente su poder; cuando no sólo lo habían visto a El obrando milagros, sino que los mismos discípulos en su nombre habían podido llevar a cabo tan grandes maravillas. Enseguida, pues había dicho: lo revelaste a los pequenos, demuestra que también esto a El le toca. Porque dice: Nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiere revelarlo. No dice aquel a quien el Padre mandare u ordenare. Pero si el Hijo revela al Padre, también se revela a sí mismo. Sólo que esto segundo, como cosa clara, lo deja de lado. En cambio se fija en lo otro y en muchas partes lo repite, como cuando dice: Nadie puede venir al Padre sino por Mí. Con estas palabras establece además otra cosa: que tiene con el Padre una misma voluntad y parecer. Como si dijera: Tan lejos está eso de que Yo pugne con el Padre, que ni siquiera puede alguno venir a El sino por Mí.

Y pues lo que más molestaba a los judíos era que parecía ser adversario de Dios, refuta esto de todo en todo, ni cuidaba menos de esto que de hacer milagros. Más aún: en esto sobre todo ponía su mayor empeno. Y cuando dice: Ni al Padre lo conoce nadie, sino el Hijo, no quiere decir que todos ignoren al Padre, sino que nadie tiene de El el conocimiento que El mismo tiene.

Y lo mismo hay que afirmar respecto del Hijo. Porque no decía eso, como lo afirmó Marción, de un Dios ignoto y de nadie conocido, sino que hablaba de un conocimiento exhaustivo. Ni al Hijo conocemos con semejante conocimiento, como el mismo Pablo lo declaraba diciendo: Al presente nuestro conocimiento es imperfecto y lo mismo la profecía. 21 Una vez que con lo dicho les hubo despertado el anhelo de conocer y les hubo demostrado su poder, finalmente los llamó hacia sí diciendo: Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, que Yo os aliviaré. No éste o aquél, sino todos los que vivís en solicitudes, en tristezas, en pecados. Venid, no para que Yo os castigue, sino para perdonaros vuestros pecados. Venid, no porque Yo necesite de vosotros y vuestra gloria, sino porque tengo sed de vuestra salvación. Yo, dice, os aliviaré. No dice: os haré salvos, sino lo que es mucho más, os daré un descanso perfecto. Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón y hallaréis la paz para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera. Como si dijera: no temáis al oír yugo, puesto que es suave; no tembléis al oír carga, puesto que es ligera.

Entonces ¿cómo anteriormente dijo: La puerta es angosta y el camino estrecho? 22 Esto es verdadero, pero se trata de cuando sois remisos, si sois perezosos; en cambio, si hacéis lo que antes se os ha dicho, será todo una carga ligera. En este sentido lo dijo ahora. Mas ¿cómo podrá realizarse? Si eres humilde, si eres manso, si eres modesto. Esta virtud es la madre y principio de todas las virtudes. Por esto al empezar a establecer las leyes divinas, por aquí dio principio. Hace lo mismo ahora y establece una gran recompensa. Como si dijera: de este modo no únicamente serás útil a otros, sino, antes que para nadie, para ti mismo preparas una gran recompensa. Puesto que: Hallaréis descanso para vuestras almas. Antes de la recompensa futura ya aquí te adelanta otra y te da el premio. Con esto hace más aceptable su sentencia y con ponerse El mismo como ejemplo.

Entonces ¿qué temes? ¿que te desprecien si eres humilde? Mírame y apréndelo todo de Mí: Conocerás entonces cuán grande bien hay en ello. ¿Observas cómo por todos los medios induce a la humildad? Por lo que El ha hecho: Aprended de Mí que soy manso. Por lo que ellos ganarán: Hallaréis descanso para vuestras almas. Por lo que El les da: Os aliviaré. Por haberles hecho ligera la carga: Porque mi yugo es suave y mi carga ligera 23. Pablo nos persuade lo mismo diciendo: La momentánea tribulación nos prepara un peso eterno de gloria incalculables Preguntarás: ¿cómo es ligera la carga, pues dice: El que no aborrece a su padre y a su madre; y el que no toma su cruz y me sigue no es digno de Mí; y el que no renuncia a todo lo que posee no puede ser mi discípulo? Y ordena aborrecer al afina misma. Que Pablo resuelva tu dificultad diciendo: ¿Quién nos arrebatará el amor de Cristo? ¿La tribulación, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada? y también: Tengo por cierto que los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de estarse en nosotros. 24 Que te lo ensenen los apóstoles, que tras de infinitos azotes volvían de la reunión de los judíos: Gozosos porque habían sido dignos de padecer ultrajes por el nombre de Jesús. 25 Y si todavía temes y tiemblas al oír yugo y carga, semejante temor ya no brota de la naturaleza de las cosas, sino de tu desidia; de manera que si eres diligente y fervoroso, todo te será leve, y fácil. Por tal motivo Cristo, persuadiéndonos de la necesidad de trabajar, no habló sólo de cosas suaves ni sólo de trabajosas, sino de ambas. Puesto que habló de yugo, pero lo llamó suave; nombró la carga, pero anadió que es ligera. Todo para que no rehuyas tales cosas por ser onerosas, ni tampoco las desprecies como demasiado fáciles. Pero si tras de todo esto aún te parece difícil la virtud, piensa que más difícil es la perversidad, como lo dejó entender el mismo Cristo. Pues antes de decir: Tomad mi yugo, puso por delante lo otro: Venid vosotros los que estáis fatigados y cargados, declarando que el pecado es laborioso y carga pesada y difícil de soportar. Porque no dijo únicamente fatigados, sino además cargados.

Lo mismo dijo el profeta describiendo la naturaleza del pecado: Pesan mis iniquidades sobre mí como pesada cargad 26 Y Zacarías, pintándolo, lo llama talento de plomo. 27 Y la experiencia así lo demuestra también. Pues no hay nada que tanto pese sobre el alma, que tanto ciegue y deprima, como la conciencia de pecado; ni nada que tanto levante la voluntad como la posesión de la justicia y la virtud. Atiende, te ruego. ¿Qué cosa más pesada que nada poseer, presentar la otra mejilla, no vengarse del que hiere, morir de muerte violenta? -, Y sin embargo, si bien discurrimos, todo eso es fácil y ligero y aun produce placer.

Mas, para que no os turbéis, examinemos cosa por cosa. Y si os parece bien, comencemos con lo que a muchos les parece trabajosísimo. ¿Acaso te parece, dime, pesado y enojoso cuidar de sólo el alimento, o más bien estar envuelto en mil solicitudes? ¿Tener el hombre un solo vestido y nada más buscar, o más bien, poseyendo en casa muchas riquezas, estar atormentado día y noche y andar temblando, temiendo y angustiado por guardarlas, no sea que la polilla las roa o que el esclavo cargue con ellas y huya? Pero, por mucho que yo diga, no podré pintar el caso tal cual es mejor que la misma experiencia. Por lo cual, me gustaría que estuviera presente alguno de los que han llegado a la cumbre de la virtud, con lo que tocaríais como con la mano el gozo de la pobreza. Nadie de los amantes de la pobreza recibiría las riquezas ni aun regaladas. Preguntarás: bueno ¿pero los ricos querrían alguna vez hacerse pobres y abandonar el cuidado de la riqueza? Respondo que esto nada significa, sino que es prueba de necedad y de enfermedad gravísima y que no demuestra que haya gozo en la posesión de las riquezas.

Sírvannos ele testigos en esto los que diariamente se lamentan de semejantes cuidados y piensan que una vida así no es factible ni puede vivirse. En cambio los pobres no andan así, sino que se ríen, se gozan, se glorían de la pobreza, no menos que el rey con su diadema. También el presentar la otra mejilla al que nos hiere, en vez de herirlo por parte nuestra, es, si bien se considera, lo más llevadero y más agradable. Porque de lo segundo nacen las guerras; de lo primero, el término de ellas. Con lo segundo a veces enciendes la hoguera de la ira del otro; con lo primero, por el contrario, apagas tu llama propia. Y a todos es manifiesto ser más dulce no inflamarse que en el fuego quemarse.

Y si en las cosas materiales es esto verdad, mucho más lo es en lo que toca al alma. ¿qué te parece más ligero, luchar o ser coronado? ¿Estar en el pugilato o disfrutar del premio? ¿Luchar con las olas o estar ya en el puerto? A la verdad aun el morir es mejor que el vivir. Porque la muerte libra, de los peligros y de las olas; mientras que la vida pone en los peligros y nos expone a mil asechanzas y, angustias que la hacen, desagradable. Y si no crees a lo dicho, escucha a quienes al tiempo de los combates contemplaron el rostro de los mártires; y cómo, mientras eran azotados y destrozados,, estaban llenos de regocijo y alegres: metidos en las sartenes se gozaban y alegraban más que si los tendieran en lechos de flores. Por esto Pablo, que iba a cerrar el` curso de su vida con una muerte violenta, ya a punto de salir de ella, exclamaba: Me alegro y me congratulo con todos vosotros; y vosotros igualmente alegraos y congratulaos conmigo 28?Observas con cuánta grandeza de alma convoca al orbe todo para que participe de su gozo? ¡Tan gran bien le parecía ser el salir de este mundo! ¡tan deseable aquella muerte terrible! ¡tan apetecible y amable! Pero que el yugo de la virtud sea suave y ligero, hay muchas razones que lo declaran. Y si os place, veamos finalmente las cargas del pecado. Traigamos al medio a los avaros, es decir, a esos que sin vergüenza alguna traen y llevan los préstamos. 29 ¿Qué habrá más laborioso que semejante negociación? ¡Cuántos padecimientos! ¡cuántas solicitudes! ¡cuántos escollos! ¡cuántos peligros! ¡cuántas trampas y asechanzas! ¡cuántas guerras que nacen cada día de semejante lucro! ¡cuántos alborotos y tumultos! Así como jamás puedes ver el mar sin oleajes, así tampoco a esa alma sin cuidados y temores y tristezas y perturbaciones. Apenas se apartan unas y llegan otras; y tras éstas, otras; y aún no apaciguadas éstas, otras al punto se levantan.

?Quieres que observemos el ánimo de un rijoso e iracundo? ¿Qué hay peor que sus tormentos? ¿qué cosa más cruel que sus llagas interiores? ¿qué más ardiente que ese horno siempre encendido y que esa llama que jamás se extingue? Y si te vuelves hacia los que se mueren por la belleza de los cuerpos, y están apegados a la vida presente ¿qué servidumbre hay más grave que ésta? Llevan una vida de Caín, la pasan en perpetuos miedos y terrores; y si muere alguno de los que ellos aman, lloran su muerte más que la de un pariente o consanguíneo. Y ¿qué hay más turbulento y feroz que un hombre soberbio? Dice Cristo: Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón y hallaréis descanso para vuestras almas. La clemencia es madre de todos los bienes.

En consecuencia, no temas, no te apartes de ese yugo que te librará de todos los males. Tómalo sobre tu cuello con presteza, y entonces experimentarás su placer. Porque no quebrantará tu cerviz. Se te impone para conservación del buen orden y para ensenarte a caminar cadenciosamente y a buen ritmo y para llevarte por el camino real y librarte de los precipicios que hay a una parte y a otra; y para que así recorras con facilidad la senda angosta. Entonces, ya que tantos bienes acarrea, tan grandes, tanta seguridad, tanta alegría, llevemos con pleno ánimo` y con todo empeno este yugo, a fin de encontrar en esta vida descanso para nuestras almas, y conseguir los bienes futuros por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, al cual sea la gloria y el imperio, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XXXIX (XL)

Por aquel tiempo iba Jesús un día sábado por los sembrados; sus discípulos tenían hambre y comenzaron a arrancar espigas y comerlas (Mat. XII, l).

LUCAS DICE: En el sábado segundo primero. 30?Qué significa: segundo primero? Cuando había dobles ferias: unas del sábado propio y otras de otra festividad que lo seguía. Porque llaman ellos sábado a cualquier descanso. Mas ¿por qué los llevó El allá al sembrado, si no fue porque todo lo sabía de antemano y tenía el propósito de derogar la ley del sábado? Quería, cierto, hacerlo, pero no así nomás. Por esto nunca lo quebranta sin motivo, sino siempre con alguna oportunidad o razón; tanto para al mismo tiempo derogar esa ley, como para que los judíos no se escandalizaran. Pero hay algunas ocasiones en que sin motivo la deroga, como cuando ungió los ojos del ciego. 31 Y: Mi Padre hasta ahora obra y Yo también obro.

Y procedía Jesús así, tanto para glorificar a su Padre en esa forma, como para atender de este modo a la debilidad de los judíos. Así lo hace ahora, teniendo en cuenta la natural necesidad del hambre. Claro es que de lo que fuere manifiestamente pecado no hay defensa posible. Así el homicida no puede poner como excusa la ira, ni el fornicario la concupiscencia, ni otro motivo. En cambio aquí, el oponer lo del hambre los libró de toda culpa. Admira a los discípulos que así estaban de necesitados y sin embargo no tenían solicitud alguna por las cosas corporales; sino que tan a la ligera preparaban su mesa que con frecuencia el hambre los oprimía, pero a pesar de todo no abandonaban a Jesús. Si el hambre no les hubiera apretado mucho, ni aun lo de las espigas habrían hecho.

?Qué hacen los fariseos? Viendo esto, dice, dijéronle: Mira, tus discípulos hacen lo que no es lícito hacer en sábado. No se muestran demasiado exigentes, aun cuando la cosa parecía requerirlo. No andan tan encendidos en ira; pero sin embargo lanzan la acusación, aunque con sencillez. Allá cuando hizo al otro extender la mano y la sanó, andaban tan feroces que hasta deliberaron si matarían a Jesús. Pero acá, como en cosa que no es de milagros, se mantienen más quietos. Cuando ven que algunos son curados en sábado se enfurecen, se turban, se tornan molestísimos: ¡hasta ese punto aborrecen la salud de los hombres! ¿Cómo los defiende Jesús? Les dice: ¿No habéis leído lo que hizo David cuando tuvieron hambre él y los suyos que lo acompanaban? ¿Cómo entró en la casa de Dios y comieron los panes de la proposición, que no les era lícito comer a él y a los suyos, sino sólo a los sacerdotes? 32 Cuando defiende a sus discípulos recurre a David; cuando se defiende a sí mismo, recurre a su Padre. Observa cuán enérgicamente dice: ¿No habéis leído lo que hizo David? Los judíos tenían a este profeta en grandísima estima, hasta el punto de que más tarde, cuando Pedro se defendió delante de ellos, les dijo: Séame permitido deciros con franqueza, del patriarca David, que murió y fue sepultado. 33 Entonces ¿por qué cuando aquí y en otros sitios más tarde lo menciona no alude a su dignidad? Quizá por ser El de su descendencia. Si ellos hubieran sido hombres probos e indulgentes, les habría alegado tal vez el hambre como motivó, 'pero como eran malvados e inhumanos, prefiere referirles la historia de David. Marcos dice que sucedió el hecho siendo sacerdote Abiatar, en lo que no contradice a la historia, sino que el dicho sacerdote tenía dos nombres. Y anade que el sacerdote en persona dio a David los panes, con lo que alega al mismo tiempo un gran motivo de excusa, ya que fue el sacerdote quien lo permitió; ni sólo lo permitió, sino que personalmente dio a David los panes.

No me alegues que David fue profeta, pues ni aun así le estaba permitido comerlos, sino a solos los sacerdotes. Por esto anadió Jesús: Sino a solos los sacerdotes. David, aun cuando era profeta, no era sacerdote. Más aún: aunque él era profeta, no lo eran los que iban con él. Y el sacerdote también a éstos dio los panes. Insistirás: pero ¿no eran ellos iguales a David? No me pongas delante la dignidad cuando se trata de transgredir una ley y está de por medio y urge la necesidad natural. Porque esto mismo líbralos más aún de crimen, ya que el de mayor dignidad hizo lo mismo. Preguntarás de nuevo: ¿qué tiene que ver esto con lo que investigábamos? Porque David no quebrantó la ley del sábado. Me alegas algo que es de mayor peso y que mejor demuestra la sabiduría de Cristo; puesto que él, dejando a un lado eso del sábado, presenta un ejemplo de cosa de' mayor importancia que el sábado. Pues no era lo mismo violar ese día que tocar aquella mesa sagrada, lo cual a nadie le era lícito. El sábado con frecuencia dejó de guardarse. Más aún: constantemente no se guardaba en la circuncisión y en muchas otras obras; y aun sucedió lo mismo allá cuando lo de Jericó, aunque este fue un caso único. De modo que con ejemplo de lo mayor queda razonado lo menor.

Mas ¿por qué nadie acusó a David, aun cuando, había mayor materia de acusación, como fue la hecatombe de sacerdotes que de ahí se siguió? Jesús no trae a la memoria esto, sino que se detiene en lo que hace al caso presente. Sin embargo, por otro camino deshace la acusación. Al comienzo citó a David, abatiendo con la dignidad personal de éste la arrogancia de los judíos. Y una vez que los abatió y reprimió su soberbia, luego les presentó una más idónea solución. ¿Cuál fue??No habéis leído en la Ley que en sábado los sacerdotes violan la ley del sábado sin hacerse culpables? Como si dijera: en el caso de David la ocasión condujo a la violación; en cambio en el de los sacerdotes se viola la ley sin ocasión ni motivo que lo urja.

A pesar de todo, Jesús no da al punto la solución, sino que primero propone lo hecho por los apóstoles como digno de excusa, y hasta después insta con mayor fuerza. El argumento más fuerte debía ponerse al fin, aunque el que se puso al principio también tiene la suya. Ni me digas que no es liberar a uno de un crimen el traer al medio el crimen igual de otro. Pues cuando el que cometió el crimen no es acusado, su caso se puede utilizar en defensa de otro. Pero Jesús no se contentó con eso, sino que aprontó otro argumento más consentáneo y afirmó que lo hecho no había sido crimen ni pecado. Fue esta la senal de insigne victoria: demostró que él había derogado la Ley y lo había hecho dos veces: tanto por el sitio, como por el sábado. Más aún: tres veces, pues se había hecho una doble obra, a la cual anadió la de los sacerdotes; y finalmente afirmó lo que era más que todo: que eso ni siquiera había sido pecado. Porque dice Sin hacerse culpables. 34 ¿Observas cuántas circunstancias agravantes acumuló? La del lugar, pues dice haber sucedido en el templo. La de la persona, o sea los sacerdotes. La del tiempo, pues era en sábado. La del hecho mismo, pues dice violan; y no dijo dejan de guardar, sino violan, que es más grave. La de no sólo no ser castigados, sino ni siquiera caer en culpa, pues dice: no son culpables. Ni penséis que esto fue igual a lo que hizo David. Porque lo de David fue una sola vez, y no por los sacerdotes y por necesidad, por lo cual eran dignos de perdón. Mientras que lo segundo se hacía cada sábado y por los sacerdotes y en el templo y de acuerdo con la ley. De modo que no sólo son dignos de perdón, sino que según la ley ni siquiera son culpables. Como si dijera Cristo: No he dicho esto para recriminarlos, pues los declaro no solamente dignos de perdón sino sin culpa según la justicia de la ley. Parece, pues, defender a los sacerdotes al mismo tiempo que libra de culpa a los discípulos. Pues al decir: y no son culpables, es como si dijera: mucho menos éstos.

Instarás diciendo que los apóstoles no son sacerdotes. Pero son de mayor dignidad que los sacerdotes; puesto que está aquí presente el Señor del templo: la verdad y no la sola figura. Por eso dijo a los judíos. Pues yo os digo que lo que aquí hay es mayor que el templo. Cuando ellos oyeron estas cosas, nada contestaron, porque no se trata de alguna curación Mas, como su afirmación parecía pesada a los oyentes, Jesús la dejó al punto en la oscuridad y llevó de nuevo el discurso al perdón, y les dijo no sin un modo de reprensión: Si entendierais lo que significa: Prefiero la misericordia al sacrificio, 35 no condenaríais a los inocentes. Trajo primero el ejemplo de los sacerdotes y afirmó ser ellos inocentes. Luego anadió lo otro de su cosecha; o mejor dicho, tomándolo también de la ley, pues les repitió una sentencia profética.

Finalmente trae otra razón diciendo: Porque el Hijo del hombre es Señor del sábado, en referencia a Sí mismo. Marcos cuenta que lo dijo en referencia a toda la naturaleza humana, diciendo: El sábado ha sido hecho para el hombre y no el hombre para el sábado 36 Preguntarás: entonces ¿por qué se castigó al hombre que recogía lena en sábado? 37 Porque si a los comienzos se hubieran menospreciado las leyes, más tarde con dificultad se habrían guardado. A los principios la ley del sábado era útil en muchas y graves cosas. Así, por ejemplo, hacía que los hombres fueran mansos y humanos con sus parientes, les ensenaba la providencia de Dios, la creación, como lo dice Ezequiel: Los instruyó poco a poco para que se abstuvieran de la maldad y para que se aplicaran a las cosas espirituales.

Si cuando puso Dios la ley del sábado les hubiera dicho: haced obras buenas el sábado y no obréis la maldad, el pueblo no habría guardado esa ley. Por tal motivo, lo vedó todo y dijo: Nada haréis. Y ni aun así se mantuvieron en el orden. Cuando Dios puso la ley del sábado, oscuramente dio a entender que su deseo era solamente que se abstuvieran de lo malo. Dijo: No haréis obra alguna fuera de lo tocante a aderezar lo que cada cual haya de comer. 38 En cambio, en el templo se hacían todas las obras con mayor empeno y doble trabajo. De este modo, mediante la sombra les iba descubriendo la verdad.

Preguntarás: entonces ¿toda aquella ganancia la suprimió Cristo? De ninguna manera. Por el contrario, en gran manera la aumentó. Porque era ya tiempo de que fuéramos instruidos en cosas más altas. No convenía atar las manos a quien, sacado ya de la maldad, volaba en prosecución de todo bien; ni convenía tampoco ya por ese medio conocer que Dios es el creador de todas las cosas; ni ser así educados para la mansedumbre los que eran llamados a imitar la benignidad de Dios. Pues dijo Cristo: Sed misericordiosos como vuestro Padre celestial. 39 Ni convenía que celebraran sólo un día festivo aquellos a quienes se ordenaba tener como festivos todos los días de la vida. Porque dice: Celebremos, pues, la festividad, no con la levadura vieja, no con la levadura de la malicia y la maldad, sino con los ázimos de la pureza y la verdad l3. No les conviene ya acercarse al arca y al altar de oro a quienes tienen habitando consigo al Señor de todos; al que para todo le hablan y le consultan por medio de la oración, el sacrificio, las Escrituras, las limosnas; al que llevan dentro de sí.

?Qué necesidad hay ya del sábado para quienes celebran fiesta perpetua y viven en el cielo? Celebremos, pues, fiesta perpetua y nada malo obremos, porque esto es la fiesta verdadera. Atendamos a las cosas espirituales, apartémonos de las terrenas, descansemos con el descanso del espíritu apartando nuestras manos de la avaricia, apartando los cuerpos de trabajos superfluos, e inútiles: esos con que en otro tiempo fue afligido en Egipto el pueblo hebreo. Porque en nada nos diferenciamos los que andamos amontonando el oro de aquellos que estaban obligados a hacer ladrillos y obras de barro y eran azotados mientras recogían pajas para la obra.

También ahora el demonio, como entonces el Faraón, ordena hacer ladrillos. Al fin y al cabo ¿qué es el oro sino barro? ¿qué la plata sino pajas? Porque la plata, al modo de las pajas, inflama la codicia; y el oro, al modo del barro, mancha a quien lo posee. Por esto nos ha enviado Dios, no a Moisés desde el desierto, sino a su Hijo desde el cielo. Si pues aun tras de su venida, permaneces en Egipto, sufrirás los mismos castigos que los egipcios. Pero si sales de Egipto y marchas con el pueblo espiritual de Israel, podrás contemplar toda la cantidad de milagros.

Pero esto solo no basta para salvarse. Porque no basta con salir de Egipto. Es necesario entrar en la tierra de promisión. Pues los judíos, como dice Pablo, atravesaron el Mar Rojo, comieron el maná, bebieron la espiritual bebida, y sin embargo todos perecieron. Así pues, nosotros, para no sufrir algo semejante, no seamos desidiosos, sino estemos preparados para el combate.

Y si acaso oyes a perversos exploradores que difaman la senda estrecha -y laboriosa, y dicen lo que en otro tiempo decían aquellos otros exploradores, no imites a la turba antigua, sino a Jesús y a Caleb, el hijo de Jefoné; y no desistas hasta que entres al cielo que te está prometido.

No creas que el camino es difícil. Pues si siendo enemigos nos reconciliamos con Dios, mucho más, una vez reconciliados, alcanzaremos la salvación. Dirás que la senda es estrecha y laboriosa. Pero advierte que la otra por donde pasaste, no sólo era estrecha y angosta, sino intransitable y repleta de bestias feroces. Y así como los israelitas no podían cruzar el Mar Rojo sin un milagro, del mismo modo nos era imposible subir al cielo permaneciendo en la prístina forma de vivir, a no haber aparecido el bautismo. Pues bien: si lo que parecía imposible se verificó, con mayor razón lo que sólo era difícil se tornará fácil.

Alegarás que todo aquello se hacía mediante la gracia únicamente. Pues razón de más para que confíes. Porque si en donde todo era obra de sola la gracia, todo se llevó a cabo ¿cuánto más cooperará ella si ponéis de vuestra parte el trabajo? Si ella salvó a quien para nada cooperaba ¿acaso no ayudará más al que con ella coopera? Dije hace poco que por esas cosas que parecían imposibles, debías tú confiar en las que te parecen difíciles, pues aquéllas se realizaron. Pero ahora anado que, si vigilamos cuidadosos, esas cosas difíciles perderán ciertamente su dificultad. Yo deseo que consideres cómo ya la muerte ha sido conculcada, el demonio vencido, la ley del pecado abrogada, la gracia del Espíritu Santo concedida, la vida reducida a breves términos, el peso recortado. Y para que todo esto lo veas en las obras, observa cuántos ha habido que llevaron a cabo unas más altas que las que Cristo prescribe. Y tú ¿temes aun lo mediano? Pero ¿qué excusa podrás tener cuando, mientras otros han pasado más allá de las metas senaladas, tú encuentras pesado el siquiera llegar a los términos prefijados? Te exhortamos a hacer limosna de tus bienes, pero hay quien se ha despojado de todos. Te suplicamos que vivas castamente con tu esposa, pero hay quienes incluso han renunciado al matrimonio. Te exhortamos a que no seas envidioso, pero hay quienes, movidos de caridad para con el prójimo ofrecen su vida. Te pedimos que seas misericordioso y no demasiado severo con quienes pecan, pero hay quien, al ser abofeteado, ha presentado la otra mejilla.

Pues pregunto yo: ¿qué diremos? ¿qué excusa aprontaremos cuando no ponemos por obra cosas en las que otros altamente se han excedido? Cierto que no se habrían así excedido si la cosa no fuera en verdad grandemente fácil. ¿Quién se consume de pena? ¿el que anda envidioso de los bienes ajenos o el que se alegra de ellos? ¿Quién en todo tiembla y se estremece? ¿el casto o el fornicario? ¿Quién se goza con la buena esperanza? ¿el ladrón o el misericordioso que da de lo suyo a los necesitados? Pensando en todo esto, no seamos desidiosos en emprender la carrera de la virtud; sino que, preparándonos fervorosamente para tan bellos certámenes, trabajemos un poco de tiempo y luego recibiremos las inmortales perpetuas coronas. Ojalá las alcancemos por gracia y benignidad del Señor nuestro Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XL (XLI)

Pasando de ahí, vino a la sinagoga de ellos, en donde había un hombre que tenía seca una mano (Mt 12, 9).

DE NUEVO cura en sábado, justificando así y defendiendo lo que habían hecho sus discípulos. Los otros evangelistas dicen que este hombre fue puesto en medio de todos por Jesús, y luego El preguntó a los fariseos: ¿Es lícito en sábado hacer bien? Considera la misericordia de Jesús. Lleva al enfermo al medio para conmover a los judíos, siquiera por su aspecto; y que, así quebrantados, dejaran su perversidad; y por respeto a aquel hombre suavizaran su inhumanidad. Pero ellos, impertérritos e inhumanos, prefieren menoscabar la gloria de Cristo a ver al hombre sano, demostrando así, por ambos caminos, su ánimo perverso; pues por una parte impugnaban a Cristo y por otra lo hacían con tal furia que aun perturbaban los beneficios que a otros se hacían.

Dicen los otros evangelistas que Jesús preguntó. Mateo dice que El fue el preguntado. Y le preguntaron, dice, si acaso era permitido curar en sábado, para acusarlo. Es verosímil que ambas cosas sucedieran. Pues siendo ellos, como eran, malvados, y sabiendo que Jesús sin duda llegaría hasta la curación del enfermo, quisieron apresurarse y cogerlo de antemano, quizá esperando poder así impedir el milagro. Y así lo interrogan: Si es lícito curar en sábado. No preguntaban para saber, sino para tener de qué acusarlo. Aunque, cierto, si querían acusarlo, con el milagro les bastaba. Sin embargo se empenaron en hallar ocasión en sus palabras con el objeto de tener mayor materia de acusación.

Por su parte, Cristo procede a obrar el milagro, pero al mismo tiempo les contesta ensenándonos la modestia y mansedumbre; y todo lo vuelve contra ellos y les demuestra que son inhumanos. Trae, pues, al medio al hombre, no porque temiera a los judíos, sino para utilidad de ellos y para llamarlos a misericordia. Y como ni así los doblegara, se contristó y se enojó por su dureza de corazón, y dijo: ¿Quién de vosotros, teniendo una oveja, si ésta cae en un pozo en día de sábado, no la coge y la saca? Pues ¡cuánto más vale un hombre que una oveja! Por tanto es lícito hacer bien n sábado. Les pone este ejemplo a fin de que no procedan impudentemente ni lo acusen como trasgresor del sábado.

Considera con qué variedad y atingencia prepara en todas partes la defensa acerca de traspasar el sábado. Cuando curó al ciego, haciendo lodo, no se defendió aunque lo acusaban; pues bastaba el modo como ejecutó la obra para demostrar que era Señor de la ley. Cuando lo del paralítico que cargó con su litera, lo acusaron, pero El se defendió, ya como Dios, ya como hombre. Como hombre al decir: Si un hombre recibe la circuncisión en sábado, para que no quede incumplida la ley de Moisés (no dijo: para que el hombre sea ayudado) ¿por qué os irritáis contra mí porque he curado a todo el hombre en sábado? 41 Como Dios cuando dijo: Mi Padre sigue obrando todavía y por eso yo obro también. 42 Acusado por lo que hacían sus apóstoles, dice: ¿No habéis leído lo que hizo David cuando tuvo hambre él y los que lo acompanaban? ¿Cómo entró en la casa de Dios y comieron los panes de la proposición? También alega como testigos a los sacerdotes. Y ahora también, de nuevo, preguntándoles: ¿Es lícito en sábado hacer bien en vez de mal? ¿Quién de vosotros tiene una oveja? Sabía bien que eran más codiciosos de dineros que amantes del bien del prójimo. Otro evangelista anade que los miró en torno, en cuanto los hubo interrogado, como para atraerlos con su aspecto, pero ni aun así se mejoraron.

En este caso solamente habla. En otra ocasión impone sus manos y da la salud. Pero nada atraía a los fariseos a la mansedumbre. Sanó el hombre, pero con su salud ellos empeoraron. Anhelaba Cristo sanarlos antes a ellos que al enfermo, y procuraba diversos caminos de curación, así con lo que antes había hecho como por lo que había dicho; pero como padecían de una enfermedad incurable, procedió a obrar el milagro. Entonces dijo al hombre: Extiende tu mano, y la extendió sana como la otra. Y ¿qué sucedió? Dice el evangelista que salieron, y entraron en consulta para darle muerte. Pues dice: Y los fariseos, habiendo salido, se reunieron en consejo contra El para ver cómo perderlo. Sin que El los hubiera danado intentaban matarlo.

!Tan grave mal es la envidia! Ella acomete no sólo a los extranos, sino también a los parientes continuamente. Marcos afirma que los fariseos deliberaban juntamente con los herodianos. Y ¿qué hace el mansísimo Jesús? Como esto hubo sabido, se apartó, dice el evangelista: Jesús, noticioso de esto, se alejó de ahí. ¿Dónde están ahora los que exigen milagros? Con tales sucesos demuestra que un alma perversa ni a los milagros cede; y al mismo tiempo prueba que sin causa se acusa a sus discípulos. Conviene también advertir que los fariseos, a causa de los beneficios que Jesús hace a los prójimos, se enfurecen más aún; y que cuando ven a alguno sanado de su enfermedad o de su perversidad, entonces es cuando acusan, entonces se irritan con furor. Cuando iba a llevar el arrepentimiento a la meretriz, lo calumniaron; cuando comió con los publicanos, hicieron lo mismo; y lo mismo ahora que vieron la mano curada. Pero tú considera cómo, a pesar de todo, no desiste de curar a los enfermos, ni aun para amansar o al menos disminuir la envidia de los fariseos.

Y lo siguieron grandes turbas y los curaba a todos, encargándoles que no lo descubrieran. Por todas partes las turbas lo siguen y lo admiran; pero los fariseos no desisten de su envidia. Y luego, para que no te turbes por sus obras y de su increíble furor, alega el evangelista la voz del profeta que todo lo había anunciado de antemano. Porque fue tanto el cuidado y exactitud de los profetas que ni aun esto omitieron, sino que profetizaron sus caminos y sus traslados y aun la intención con que lo hacía; todo para que entiendas que hablaban movidos por el Espíritu Santo. Pues si no se pueden conocer las secretas intenciones de los hombres, mucho menos se pueden conocer las finalidades que a Cristo mueven, si no es por revelación del Espíritu Santo.

Y pone así lo que el profeta dijo: He aquí a mi siervo, a quien elegí; mi amado en quien mi alma se complace. Haré descansar mi Espíritu sobre él y anunciará el derecho a las gentes. No disputará ni gritará, nadie oirá su voz en las plazas. La cana cascada no la quebrará y no apagará la mecha que aún humea, hasta hacer triunfar el derecho; y en su nombre pondrán las naciones su esperanza. 43 De este modo celebra su mansedumbre y su poder inefable; y abre a los gentiles una amplia y gran puerta, al mismo tiempo que predice males para los judíos, y demuestra su unión de voluntad con su Padre, pues dice: He aquí a mi siervo a quien elegí, mi amado en quien mi alma se complace. Ahora bien, si el Padre lo eligió, no abroga la ley contrariando a su Padre, pues no procede como enemigo del legislador, sino como quien va unánime y obrando juntamente con él. Y luego ensalzando su mansedumbre, dice: No disputará ni gritará. En efecto: El anhelaba sanar a los fariseos, pero como ellos lo rechazaron, no quiso ponerse a luchar contra ellos. Luego el profeta, manifestando el poder de Jesús y la debilidad de los fariseos, dice: La cana cascada no la quebrará. En realidad le era fácil quebrarlos a todos como a una cana; ni sólo como a una cana, sino cana ya cascada. Y no apagará la mecha que aún humea. Declara con esto la ira encendida de los fariseos y la fortaleza de Jesús, que podría acabar con sus furores y apagarlos con suma facilidad. Por donde se ve su gran mansedumbre.

Pero esto ¿será siempre así? ¿perpetuamente los soportará en sus furores y asechanzas? De ningún modo. Una vez que haya El demostrado sus virtudes y lo que a El atane, luego procederá a lo otro, pues así lo significó el profeta diciendo: En su nombre pondrán las naciones su esperanza. Hasta hacer triunfar el derecho. Es lo mismo que dice Pablo: Prontos a castigar toda desobediencia 44 ¿Qué significa: hasta hacer triunfar el derecho? Como si dijera: una vez que El haya cumplido todo lo que le toca, entonces acometerá la venganza y castigo perfecto. Tormentos graves sufrirán una vez que Cristo haya completado su brillante victoria y venzan los juicios de El, y no dejará ni ocasión de que lo contradiga con impudencia. Porque suele en ese pasaje tomarse juicio en el sentido de justicia.

Pero no quedará en solo eso su providencia, es decir en que sean castigados los incrédulos, sino que atraerá hacia sí al orbe entero. Y por tal motivo anadió: Y en su nombre pondrán las naciones su esperanza. Y para que veas que también esto es voluntad del Padre, desde el principio el profeta lo confirmó con estas palabras: Mi amado en quien mi alma se complace. Porque es manifiesto que el amado hizo todo conforme a la voluntad del que lo ama.

Entonces le trajeron un endemoniado ciego y mudo y lo curó, de suerte que el mudo hablaba y veía. ¡Oh malicia del demonio! Había cerrado los dos caminos por donde este hombre podía creer: la vista y el oído. Pero ambos los abrió Cristo. Y se maravillaban las turbas y decían: ¿No será éste el Hijo de David? Pero los fariseos que esto oyeron, dijeron: Éste no echa los demonios sino por el poder de Beelzebul príncipe, de los demonios. ¡Que cosa tan estupenda decían las turbas! Pero los fariseos no la soportaron. Hasta ese punto, como antes dije, siempre se violentaban por los beneficios hechos al prójimo: ¡nada les causaba tan gran dolor como la salud de los hombres! Jesús se había apartado y había dado tiempo a que se amansaran las iras. Pero como de nuevo hizo un beneficio, de nuevo se encendió la maldad; y los fariseos se indignaban más aún que el demonio que había salido de aquel cuerpo y había huido sin pronunciar palabra. Los fariseos, en cambio, unas veces intentaban matar a Jesús, otras lo calumniaban. Y como lo de matarlo no adelantaba, se dedicaban a perjudicarlo en su gloria. Tal es la envidia: ¡no tiene par en los males! El fornicario algún deleite recibe y completa su pecado en breve tiempo; pero el envidioso se atormenta a sí mismo antes que al envidiado, y, no acaba nunca de pecar y vive en su pecado. A la manera que el cero se goza en el fango y los demonios se alegran de nuestro daño, así el envidioso se goza en el mal del prójimo; y si a éste le sucede alguna cosa triste y desagradable, entonces es cuando él descansa y respira, y reputa placer suyo los sufrimientos ajenos y mal propio suyo los bienes de los otros. Nunca piensa en lo que a él le puede ser dulce, sino en lo que al prójimo le será molesto. ¿Acaso hombres de tal género no merecen ser lapidados y atormentados con suplicios graves, a la manera de canes rabiosos, de demonios enemigos, de las furias mismas del Averno? Al modo de un perro, o de un escarabajo que se nutre de estiércol, así éstos se alimentan de las ajenas desgracias, y son enemigos y adversarios comunes de la humana naturaleza. Los otros animales, si ven a otros brutos degollados, se compadecen. Pero tú, en cambio, si ves a otro hombre a quien se haga un beneficio ¿te pones furioso, tiemblas y palideces? ¿Qué hay peor que ira semejante? Por esto, podrán entrar al reino los fornicarios y los publicanos; pero los envidiosos que ya estaban en él, hubieron de salir. Porque: los hijos del reino serán arrojados fuera. 45 Aquéllos, arrancados a la perversidad, alcanzarán lo que nunca esperaron; estos otros pierden los bienes que ya poseían. Y con razón. Porque la envidia hace del hombre un demonio, lo hace demonio feroz.

Nació de aquí la muerte primera; de aquí nació que no se tuviera en cuenta la dignidad de la naturaleza humana; por aquí se manchó la tierra con la sangre de Abel; por aquí abrió la tierra su boca después, y sorbió y mató a Coré, Datán y Abirón y a todo aquel pueblo. Pero dirá alguno: cosa fácil es acusar la envidia; pero lo que se necesita es ensenar a los envidiosos el modo de librarse de semejante enfermedad. ¿Cómo, pues, nos libraremos? ¿cómo echaremos fuera semejante iniquidad? Si pensamos que, lo mismo que al fornicario, así también al envidioso no le es lícito entrar en la iglesia; y aun mucho menos le es lícito a éste que a aquél 46.

Semejante mal ahora parece ya cosa indiferente, y por lo mismo se descuida. Pero si de una buena vez se advierte que es un mal, fácilmente nos libraremos. Llora, pues, y laméntate y suplica a Dios. Cae en la cuenta de que estás enfermo de mal gravísimo y arrepiéntete. Si así te dispones, pronto quedarás libre de la enfermedad. Preguntarás: pero ¿acaso alguno ignora ser mala la envidia? Nadie lo ignora. Pero no creen que sea un mal tan grave como la fornicación y el adulterio. ¿Quién alguna vez se ha acusado de haberse dejado llevar de grave envidia? ¿Cuándo rogó alguno a Dios que le perdonara semejante pecado? Por cierto, nadie jamás. Con tal de que ayune o dé una pequena limosna a un pobre, aun cuando esté comido de envidia no cree haber cometido nada grave, siendo así que se encuentra sujeto a la más grave de todas las enfermedades.

?Cómo llegó Caín a ser tan perverso? ¿cómo Esaú? ¿cómo los hijos de Labán? ¿cómo Coré, Datán y Abirón? ¿cómo María la hermana de Moisés? ¿cómo Aarón? ¿cómo el demonio mismo? Considera además que no causas daño al que envidias, sino que vuelves contra ti mismo la espada. ¿En qué danó Caín a Abel? Lo envió, rápidamente, aun sin quererlo, al reino del cielo mientras que él se envolvió en males sin cuento. ¿En que danó Esaú a Tacob? ¿Acaso este no fue rico y gozaba de bienes innumerables, mientras que el otro hubo de abandonar la casa paterna y tras de haber puesto contra su hermano aquellas asechanzas, hubo de andar errante en tierras extranas? Y en cuanto a los hijos de Jacob ¿qué podemos decir? ¿Acaso arrojaron a José a peores condiciones que aquellas en que ellos se encontraron, cuando habían aun pensado en matarlo? ¿Acaso no sufrieron ellos el hambre y llegaron a peligros extremos, mientras que José fue rey de Egipto? Cuanto mayor sea tu envidia, tantos mayores bienes atraes para aquel a quien envidias. Porque Dios, que todo lo ve, cuando observa que es danado aquel que ningún, daño ha causado, lo levanta y lo hace más esclarecido, y castiga al que lo envidio. Si a quienes se gozan en los males de sus enemigos no los deja sin castigo, pues dice: No te goces en la ruina de tu enemigo, no lo vea Dios y le desagrade, 46 mucho menos dejará sin castigo a quienes envidian al que ningún mal les ha hecho.

En consecuencia, demos muerte a esta bestia feroz de tantas cabezas. Porque hay muchas clases de envidia. Y si quien ama a quien lo ama en nada se diferencia del publicano, quien odia a quien ningún mal le hace ¿en qué categoría lo pondremos? ¿cómo evitará la gehenna habiéndose hecho peor que los gentiles? Por tal motivo, profundamente me duelo de que nosotros, a quienes se ha ordenado imitar a los ángeles, o mejor aún al Señor de los ángeles, imitemos al demonio. Porque, aun dentro de la Iglesia mucha envidia se encuentra, y aun mucho mayor en nosotros que en nuestros súbditos. ¡Vuélvase, pues, el discurso a nosotros! Dime: ¿por qué motivo envidias a tu prójimo? ¿Porque lo ves que goza de celebridad y honores? ¿No piensas en la cantidad de males que atraen los honores sobre los que no reflexionan? Estos honores levantan a vanagloria, al fausto, a la arrogancia y soberbia, y vuelven al hombre más negligente. Y aparte de los males que acarrean, sucede que fácilmente se marchitan. Y lo más grave de todo es que esos males no mueren y perecen en el alma, sino que son inmortales; y en cambio el placer que los honores producen, apenas ha aparecido cuando ya se desvanece.

?Y por eso lo envidias? Pero tiene, me dirás, grande cabida con el emperador, y todo lo maneja y revuelve a su gusto. Se venga de los que se le oponen. Colma de bienes y beneficios a quienes lo adulan. Tiene gran poder. Tales son las cosas que dicen los hombres del siglo. En cambio, a los varones espirituales nada les puede causar dolor. ¿En qué puedes danarlo? ¿Lo echas abajo de su dignidad? Pero esto ¿qué tiene que ver? Si con justicia lo haces, será útil para él, pues nada disgusta a Dios tanto como el que indignamente se ejerza el sacerdocio. Si injustamente, la pena recaerá sobre el que lo depone y no sobre el depuesto. Pues quien padece algo injustamente, si lo sufre con fortaleza, alcanza con ello ante Dios mayor confianza, mayor libertad. De manera que, en conclusión, nunca tengamos como finalidad el disfrutar del poder o de la honra, de la autoridad o del mando, sino el vivir, virtuosamente y con piedad y sabiduría.

Las dignidades conducen a ejecutar muchas cosas que a Dios le disgustan; y se necesita de mucha grandeza de alma para usar rectamente del poder y de las dignidades. El que es derribado de una dignidad, quiera o no quiera, ejercita la virtud. En cambio, a quien la disfruta le sucede algo así como a quien, habitando con una joven hermosa, por una ley se le prohíbe verla jamás con ojos lascivos. Así es el poder. De ahí que a muchos, casi contra su voluntad, los ha llevado a injuriar, los ha incitado a la ira, les ha quitado el freno de la lengua, trayendo y llevando su alma por todas partes, hasta que sumerge la barquilla en el abismo de todos los males. Pero en tan grave peligro ¿qué es lo que encuentras digno de admiración y de envidia? ¿qué locura de ti se apodera? Pero además de lo dicho, piensa cuántos enemigos, cuántos acusadores, cuántos aduladores tiene el dignatario que por todos lados lo sitian. Pregunto yo: ¿son acaso tales cosas dignas de que se las designe con el nombre de felicidad? ¿Quién se atreverá a decirlo? Dirás que sin embargo el pueblo lo aplaude.

Pero esto ¿qué significa? El pueblo no es Dios a quien hayas de dar cuenta de tu vida. Al decir, pues, tú el pueblo, no haces sino recordar dificultades, estorbos, escollos, estrechos arrecifes ocultas: Porque esa celebridad ante el pueblo, cuanto más brillante vuelve, tanto más expone a mayores peligros, cuidados y tristezas. El hombre en esas circunstancias no puede estar quieto ni aun respirar, dominado por tan cruel Señor.

Pero ¡qué digo estar quieto, respirar! Aun cuando esté colmado de buenas obras difícilmente entra en el reino. Porque nada suele así derribar de la virtud como la estima de muchos, pues es fábrica de tímidos, cobardes, aduladores e hipócritas. ¿Por qué causa los fariseos acusaban a Cristo como endemoniado? ¿Acaso no fue porque anhelaban el aura popular? ¿Por qué muchos sentían bien de El y lo juzgaban rectamente? ¿No fue acaso porque no padecían semejante enfermedad? ¡Nada, nada en verdad torna a los hombres tan inicuos y tan necios, como el andar anhelando la vana estima de la multitud; y nada los torna .tan esforzados y diamantinos como el desprecio de la fama! De manera que todos tenemos necesidad de un ánimo esforzadísimo para poder resistir el empuje de un huracán tan impetuoso. Cuando el poderoso sale con bien, se antepone y eleva sobre todos; cuando le va mal, anhela que se lo trague la tierra. Y esto constituye a la vez su reino y su gehenna, cuando se encuentra dominado por semejante enfermedad.

Pregunto, pues: ¿son dignas de envidia tales cosas? ¿no lo son más bien de llanto y de lágrimas? Esto es claro para todos. Pero cuando envidias al así celebrado, tú haces exactamente lo mismo que quien, viendo a un hombre atado y azotado y destrozado por infinitas bestias feroces, lo envidiara por sus llagas y sus golpes. Al fin y al cabo, el constituido en dignidad tiene acá tantas cadenas, tantos Señores cuantos son los que habitan en su ciudad. Y lo que es aún más grave, cada uno de éstos tiene su propio parecer y piensa lo primero que a la mente le viene acerca de quienes le sirven, sin examinar nada por sí mismo, sino tomando por bueno y confirmado lo que a éste o al otro le parece. Pero a cosas tales ¿habrá tempestad, habrá oleaje que las supere? El poderoso fácilmente se hincha, llevado del placer; y también con facilidad se sumerge y hunde y vive perpetuamente en una inestabilidad de la vida pero nunca en paz. Antes de presentarse para hablar en público, antes de comenzar su trabajoso discurso, anda en agonías y temblores; y una vez disuelta la reunión, o por la tristeza se abate, o sin medida se alegra, cosa que le resulta peor que cualquier dolor. Y se ve que la excesiva alegría no es un mal menor que el dolor, por la forma en que afecta al alma, puesto que vuelve el ánimo ligero, alzado, como si tuviera alas, como puede observarse en los antiguos varones.

?Cuándo fue probo David? ¿cuando andaba henchido de gozos o cuando vivía entre angustias? ;Cuándo el pueblo judío fue bueno? ¿cuando gemía invocando al Señor Dios, o cuando alegre bailaba en el desierto y adoraba al becerro? Por tal motivo Salomón, conocedor como nadie de lo que es el placer, dice: Mejor es ir a la casa en luto que ir a la casa en fiesta. 47 Y Cristo llama felices a los que viven en llanto cuando dice: Bienaventurados los que lloran. 48 En cambio, a los que gozan de deleites los, llama míseros: ¡Ay de vosotros los que reís, porque lloraréis! 49 ¡Y con razón. Porque el placer vuelve muelle al alma y la deja sin fuerzas, mientras que en el luto ella se recoge y se vuelve sabia, y se libra de la montana de enfermedades espirituales, y se eleva a lo alto y se robustece.

Sabiendo todo esto, huyamos de esa vana estimación de las multitudes y del placer que ella origina, para conseguir la verdadera y permanente gloria. Ojalá todos lo consigamos por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, al cual sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XLI (XLII)

Penetrando él sus pensamientos les dijo: Todo reino en sí dividido será desolado; y toda ciudad o casa en sí dividida no subsistirá. Si Satanás arroja a Satanás, está dividido contra sí: ¿cómo, pues, subsistirá su reino? (Mt 12, 25-26).

YA ANTES habían acusado a Jesús de que lanzaba los demonios en nombre de Beelzebul. Pero en esa otra ocasión no los increpó, sino que mediante muchos milagros les dio facilidad para llegar a comprender su poder y mediante su doctrina les demostró su excelsa grandeza. Pero como perseveraban en repetir lo mismo, finalmente los increpa; y con un primer argumento les prueba su divinidad; es a saber: descubriendo los secretos arcanos de sus corazones. Luego, con otro más, que fue la facilidad con que arrojaba los demonios.

Por lo demás, la acusación era demasiado impudente. Pues como anteriormente dije, la envidia no examina lo que dice, sino que habla a la ventura. A pesar de esto, Cristo no disimula, sino que, con la moderación debida se justifica, ensenándonos la mansedumbre para con los enemigos, aun cuando nos acusen de cosas de que no tenemos conciencia; y que no nos perturbemos sino que con tranquilidad les expongamos nuestros motivos. Así lo hizo entonces El, procediendo preclaramente, y dando así un testimonio excelentísimo de que ellos hablaban falsedades: puesto que no era propio de un endemoniado dar muestras de tan profunda mansedumbre. Ni tampoco era propio de un poseso conocer los arcanos secretos de las conciencias.

Por ser tan impudente la acusación y porque temían al pueblo, los judíos no se atrevían a proferirla en público, sino que la mantenían en su pensamiento. Pero Jesús, demostrándoles que la conocía, a pesar de todo, no comienza por declarar esa acusación que ellos le hacían en su interior, ni hace pública la perversidad de ellos, sino que procede a dar la solución, dejando a sus conciencias el aplicarse la refutación. Todo porque el único cuidado que tenía era el de ayudar a los pecadores y no el de sacar al público sus pecados. Si hubiera querido alargar su discurso y ponerlos en ridículo y aun sujetarlos a peores castigos, nada se lo impedía. Pero haciendo a un lado todo eso, no llevaba más finalidad que la de no tornarlos más querellosos, sino más mansos y así disponerlos mejor a la enmienda.

?Cómo se justifica? Nada alega tomado de las Escrituras (pues ni le habrían atendido y aun lo habrían interpretado perversamente), sino que les habla de cosas vulgares y que a diario suceden: Todo reino dividido en sí, será desolado; y toda ciudad o casa en sí dividida, no subsistirá. Porque no danan tanto las guerras externas con los extranos, como las disensiones internas. Así sucede en los cuerpos y en todas las cosas. Pero desde luego, les pone ejemplos de cosas más conocidas. ¿Qué hay sobre la tierra más poderoso que un reino? ¡Nada! Y sin embargo, las internas disensiones lo destruyen. Y si en el reino deja entender Jesús que la causa es la mole de negocios, ya que pelea el reino contra sí mismo ¿qué se habrá de decir acerca de una ciudad y de una casa? Pues ya sea grande la casa, ya sea pequena, si contra sí misma pelea, perece.

Es como si les dijera Jesús: si yo, por estar poseso, con el auxilio de los demonios arrojo los demonios, hay entre ellos pugna y disensión y andan en divisiones y enemistades. De modo que unos luchan contra otros y entonces su poderío se ha acabado, se ha derrumbado. Por esto dice: Si Satanás arroja a Satanás (y advierte que no dijo arroja los demonios, para dar a entender que hay entre ellos concordia), está dividido contra sí. Y si se ha dividido, se ha debilitado; y si ha perecido ¿cómo puede arrojar a otros? ¿Observas lo ridículo de la acusación, lo necio, lo contradictorio? Porque nadie puede lógicamente afirmar que Satanás al mismo tiempo permanece firme y arroja los demonios; ni que porque los arroja permanece firme, cuando ya él mismo se derribó.

Esta es la primera solución. La segunda trata de los discípulos. Porque Jesús no resuelve las dificultades de solo un modo, sino de dos y de tres, pues quiere reprimir abundantemente y en absoluto la impudencia de los judíos acusadores. Lo mismo hizo cuando se trataba del sábado, trayendo al medio a David y a los sacerdotes y el testimonio de la Ley que dice: Prefiero la misericordia a los sacrificios, y finalmente la causa de haberse instituido el sábado: Porque el sábado, dice, ha sido instituido para el hombre. 50 Lo mismo hace ahora. Tras de la primera solución procede a la segunda con mayor claridad. Porque dice: Si yo arrojo los demonios con el poder de Beelzebul ¿con qué poder los arrojan vuestros hijos? Advierte también aquí su mansedumbre. Porque no dice: mis discípulos ni mis apóstoles, sino vuestros hijos, para que si quieren levantarse hasta esta dignidad, de aquí tomen ocasión; o si, como ingratos, persisten en sus mismas acusaciones, no puedan presentar excusa alguna aun cuando ella fuera impudente. Quiere, pues, decir: ¿Con qué poder los apóstoles echan los demonios? Porque ya los habían arrojado cuando El les confirió esa potestad, y sin embargo a los apóstoles no los acusan. Es que no combatían la cosa sino a la persona de Jesús. Para demostrarles, pues, que únicamente Jaor envidia decían lo que decían, trae al medio el asunto de los apóstoles. Como si dijera: si yo en esa forma echo los demonios, mucho más lo harán así los que de mí han recibido ese poder; y sin embargo, nada habéis dicho de ellos. Entonces ¿cómo me acusáis a mí que les he dado ese poder y no a ellos, sino que los hacéis libres del crimen? Esto no os librará a vosotros del castigo, antes bien os sujetará a mayor tormento.

Por esto anadió: Por tal motivo serán ellos vuestros jueces. Puesto que de vosotros han nacido y tales obras hacen y a mí me obedecen y se sujetan, es manifiesto que condenarán a los que dicen y hacen lo contrario de ellos. Pero si yo arrojo los demonios con el Espíritu de Dios, entonces es que ha llegado a vosotros el reino de Dios. ¿Qué es ese reino? Mi advenimiento. Observa cómo de nuevo los atrae y medicina y los empuja a su conocimiento y les demuestra que pelean contra su propio bien y litigan en contra de su salvación. Como si les dijera: cuando convenía gozarse y dar saltos de júbilo, pues ha venido el que os dará aquellos bienes inefables y grandes que antiguamente anunciaron los profetas y ha llegado para vosotros el tiempo de la bienandanza, vosotros hacéis lo contrario y no sólo no recibís los bienes, sino que os dedicáis a calumniar y a revolver y a lanzar culpas que no existen.

Mateo dice: Pues si yo arrojo los demonios en el Espíritu de Dios. Lucas en cambio dice: Si yo arrojo los demonios en el dedo de Dios. 51 Pone así en claro que semejante obra es propia del sumo Poder, o sea el echar los demonios, y de una no vulgar gracia. Y de aquí quiere deducir por raciocinio que siendo eso así, luego vino ya el Hijo de Dios. Pero no lo dice claro, sino oscuramente; a fin de que a los judíos no les resulte molesto, lo deja entender diciendo: Luego ha llegado a vosotros el reino de Dios. ¿Observas su eximia sabiduría? Por las mismas cosas que le objetaban, les declara manifiestamente su venida.

Luego, para atraerlos, no dice simplemente: Ha llegado el reino, sino que anade: a vosotros. Como si dijera: llegan para vosotros los bienes. Entonces ¿por qué tratándose de vuestros propios bienes no tenéis cordura? ¿por qué lucháis contra vuestra salvación? Este es el tiempo que los profetas predijeron; esta es la senal del advenimiento por ellos celebrado, es a saber: las obras llevadas a cabo con el divino Poder. Que sean hechas, vosotros lo sabéis; que lo sean por el divino Poder, las obras mismas lo proclaman. Porque no puede ser que ahora Satanás sea más poderoso, sino que necesariamente es más débil, pues uno que sea débil no podrá echar al demonio que es fuerte. Decía' esto para manifestar la fuerza de la caridad y la debilidad de los litigantes y adversarios. Por tal motivo El con frecuencia exhorta a los discípulos a la caridad y declara cómo el demonio hace cuanto puede para hacerla desaparecer.

Tras de la segunda solución introduce una tercera diciendo: ¿Cómo podrá entrar uno en la casa de un fuerte y arrebatarle sus enseres, si no logra primero sujetar al fuerte? Ya entonces podrá saquear su casa. Que no sea posible que Satanás arroje a Satanás, queda claro por lo que precede; y que en absoluto nadie pueda arrojarlo si de antemano no lo vence no necesita demostración. Entonces ¿qué se deduce de aquí? Lo mismo que ya se dijo, pero con mucha mayor fuerza. Como si dijera Jesús: Tan lejos está eso de que yo me valga del demonio para que me ayude, que, por el contrario, yo lo ato y lo combato; y la prueba y senal es que arrebato sus enseres. Observa cómo se demuestra lo contrario de lo que los judíos antes trataban de establecer. Porque ellos querían demostrar que Cristo no arrojaba los demonios por virtud propia. El en cambio les prueba que no sólo a los demonios sino al príncipe de ellos lo tiene atado, y que El, con su propio poder, primero lo venció.

Y eso se comprueba con los hechos. Si Satanás es el príncipe y los demonios son sus súbditos cómo podía suceder que éstos no fueran robados si su príncipe no hubiera sido vencido y hubiera dejado el campo? Paréceme que hay aquí una profecía en lo que dice. Porque enseres de Satanás son no solamente los demonios, sino también los hombres que obran conforme a las leyes de Satanás. De modo que claramente en este pasaje se dice que Cristo no sólo echa los demonios, sino que eliminará del orbe entero el error v acabará con las hechicerías del demonio e inutilizará todas las artimanas que ahora usa. Y no dijo arrebatará, sino saqueará, indicando que lo hace con plena potestad. Llama al demonio fuerte, no porque lo sea por naturaleza contra el hombre: ¡lejos tal cosa!, sino para significar la anterior tiranía sostenida e impuesta por nuestra desidia.

El que no está conmigo, está contra mí; y el que conmigo no recoge, desparrama. He aquí la cuarta respuesta. Como si dijera: ¿Qué es lo que yo quiero? Acercar a Dios, ensenar la virtud, anunciar el reino. ¿Qué es lo que quieren Satanás y los demonios? Todo lo contrario. Entonces ¿cómo el que no recoge conmigo ni está conmigo, obrará junto conmigo? Mas ¡qué digo obrar junto conmigo! Al contrario: lo que anhela es disipar lo mío. En consecuencia, quien no sólo no obra conmigo, sino que desparrama lo que Yo junto ¿podría tener tan gran concordia conmigo que hasta arrojara conmigo los demonios? Es verosímil que esto lo afirmara no únicamente del diablo, sino también de sí mismo, pues su lucha es contra el diablo y va desparramando éste lo que El amontona.

Preguntarás: ¿cómo es eso de que quien no está conmigo está contra mí? Pues por el hecho mismo de que no recoge. Siendo esto verdad, mucho más lo será que quien está en su contra no obra juntamente con El. Si quien no obra juntamente con El es su enemigo, mucho más lo será, quien además lo combate.

Todo esto lo dice para demostrar que hay una enemistad máxima entre El y Satanás. Yo te pregunto: si cuando se hace necesario pelear, alguno se niega a ayudar ¿acaso por el mismo hecho no está en contra de ti? Y si en otra parte dice: El que no está contra vosotros, está con vosotros, 52 esto no contradice a lo dicho. Porque aquí se trata de un adversario absoluto y en todo; mientras que en Lucas habla de los que sólo lo son en parte. Porque dice: En tu nombre echan los demonios. Más aún, creo que en nuestro caso se refiere a los judíos, a quienes pone en el bando de Satanás. Pues también los judíos le eran adversos e iban desparramando y disgregando lo que El iba congregando. Y que dejara entender que a ellos se refería se ve por las siguientes palabras: Por esto os digo: Todo pecado y blasfemia les será perdonado a los hombres.

Así, una vez que les hubo contestado y resuelto su objeción, y les hubo demostrado que en vano e impudentemente procedían, ahora por fin les pone terror. Parte, y no despreciable, de quien aconseja y corrige es no sólo responder a lo que se le objeta y tratar de persuadir al oyente, sino además amenazar: cosa que Cristo con frecuencia hace cuando legisla y cuando da consejos. Lo que acaba de decir parece oscuro; pero si atendemos, la solución es fácil. Ante todo debemos escuchar sus palabras: Todo pecado y blasfemia les será perdonado a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu Santo no será perdonada. Quien hablare contra el Hijo del hombre será perdonado; pero quien hablare contra el Espíritu Santo no será perdonado ni en este siglo ni en el venidero. ¿Qué quiere decir con esto? Muchas cosas habéis dicho contra Mí. Me habéis llamado enganador y enemigo de Dios. Si os arrepentís os lo perdono y no os castigo. Pero la blasfemia contra el Espíritu Santo no se perdona ni aun a los que se arrepienten.

Pero ¿cómo puede sostenerse semejante sentencia? Porque aun este pecado se ha perdonado a los arrepentidos. Muchos que dijeron iguales cosas, fueron perdonados una vez que creyeron. ¿Qué es, pues, lo que dice? Que semejante pecado es el que, por encima de todos, menos merece perdón. ¿Por qué? Porque los que así blasfemaban ignoraban quién era Cristo, mientras que ya tenían suficiente noticia del Espíritu Santo, pues por El habían hablado los profetas y todos habían recibido muchos datos acerca de El en el Antiguo Testamento. Quiere, pues, decir Cristo: Pase que os hayáis escandalizado en Mí a causa de mi carne que tomé; pero ¿diréis que tampoco habéis conocido al Espíritu Santo? Por esto no se os perdonará la blasfemia contra El, sino que aquí y en lo futuro seréis castigados. 53 Muchos a la verdad sólo aquí han sido castigados como el fornicario aquel, como entre los corintios los que se habían acercado indignamente a los sagrados misterios. Pero vosotros aquí y allá seréis castigados; de modo que todo lo que habéis blasfemado contra Mí, antes de ser Yo crucificado, os lo perdono, y aun a los que me crucificarán, y no serán condenados por sola la incredulidad. Pues los mismos que antes de la crucifixión creyeron no tenían plena fe. Y El mismo en muchos sitios amonesta a los beneficiados a que declaren quién es El, antes de la Pasión; y en la cruz suplicaba que a ésos se les perdonara. Pero, como si dijera, lo que contra el Espíritu Santo habéis dicho, no os será perdonado.

Y que lo entienda de lo que se dijo antes de la crucifixión, lo declara al anadir: Quien hablare contra el Hijo del hombre, será perdonado; pero quien hablare contra el Espíritu Santo, no.

?Por qué? Porque el Espíritu Santo ya os es conocido, de modo que procedéis impudentemente contra una verdad conocida. Al fin y al cabo, si decís que no me conocéis, cierto no ignoráis que el echar los demonios y el curar a los enfermos es obra propia del Espíritu Santo. De modo que no me injuriáis a Mí sólo, sino también al Espíritu Santo. Por lo cual sin perdón alguno sufriréis el castigo en esta vida y en la otra. Porque unos hombres sufren castigo aquí y allá; otros tan sólo aquí; otros tan sólo allá; otros ni aquí ni allá. Los hay, pues, que sufrirán el castigo aquí y allá, como esos judíos blasfemos.

Los judíos sufrieron aquí el castigo cuando hubieron de pasar por los horrores indecibles de la destrucción de Jerusalén. Y en el siglo futuro soportarán gravísimos tormentos, como los sodomitas y otros muchos. Otros sufren sólo allá, como el rico Epulón, que puesto en el tormento de las llamas, no tuvo ni el refrigerio de una gota de agua. Otros lo sufren acá, como aquel que fornicó entre los, corintios. Otros, en fin, ni aquí ni allá sufren castigo, como los apóstoles, los profetas y el bienaventurado Job; porque lo que éstos padecieron no era castigo, sino combate y certamen.

Procuremos, pues, estar entre éstos; o si no entre éstos, a lo menos entre los que acá expiaron sus pecados. Porque el juicio aquél es terrible y las penas son intolerables y el suplicio inevitable. Si no quieres sufrir aquí el castigo, júzgate a ti mismo, exígete cuentas a ti mismo. Oye a Pablo que dice: Si nos juzgásemos a nosotros mismos, no seríamos condenados. 54 Si así procedes, poco a poco avanzando, llegarás a la corona. Preguntarás: ¿en qué forma vamos a juzgar de nosotros mismos y a tomarnos cuentas? Llora, gime amargamente, humíllate, aflígete, recuerda tus pecados en particular. Esto te será no pequena angustia para el alma Quien haya ejercitado la compunción, sabe por experiencia que semejante recuerdo es grande pena para el alma. Si alguno ha hecho memoria de sus pecados, conoce ya el dolor que de esto el alma concibe. Por tal motivo, a este género de penitencia Dios le asignó como premio la justificación, diciendo: Habla tú y di el primero tus pecados para que seas justificado. 55 Porque no, es, no, no es pequeno motivo para enmendarse el que revuelvas y consideres en tu ánimo en particular el conjunto de tus pecados. Quien lo haga se compungirá hasta tal punto que aun se juzgará indigno de vivir. Y quien llegue a estimarse así, se ablandara más que una cera.

Ni me hables únicamente de las fornicaciones o de los adulterios o de otros pecados como ésos, que todos ven y confiesan ser graves; sino reúne también las ocultas asechanzas al prójimo, las calumnias, maldiciones, vanagloria, envidias y todos los demás. Tales pecados serán castigados con grave suplicio. El querelloso caerá en la gehenna; el ebrio nada tiene que ver, con el reino, de los cielos; el que no ama al prójimo, ofende a Dios en tal grado que aun el martirio de nada le sirve. El que olvida a sus parientes cercanos, ha negado la fe; el que desprecia al pobre, será arrojado al fuego. Así pues, no tengáis por pequenos esos pecados; sino reunidlos en un haz, escribidlos como en un libro. Si tú los escribes, Dios los borra; si no, Dios los tendrá contados y te impondrá el castigo. Pero es mucho mejor que nosotros los escribamos y se borren allá arriba, que no el que los ocultemos nosotros y Dios los ponga ante nuestros ojos el día del juicio.

Para que esto no suceda, cuidadosamente recojamos en un haz todas nuestras faltas; y hallaremos que somos reos de muchas. ¿Quién se halla libre de avaricia? Ni te excuses diciendo que sólo eres medianamente avaro, pues también por lo poco seremos castigados. Piensa en esto y haz penitencia. ¿Quién no es reo de alguna injuria? Pues también eso lleva a la gehenna. ¿quién no ha hablado mal a ocultas de su prójimo? También esto echa del reino. ¿Quien no se ha hinchado con la soberbia? Pues esto es lo más inmundo. ¿Quién no ha mirado con ojos no castos? Pues este tal ciertamente ha caído en la fornicación. ¿Quién no se ha irritado sin motivo contra su hermano? Pues es reo que ha de llevarse al Consejo. ¿Quien no ha jurado? Pues esto proviene del Malo. ¿Quién no ha servido a las riquezas? Pues ese tal cayó de la servidumbre de Cristo. ¿Quién no ha perjurado? Pues esto mucho más proviene del Malo.

Podría yo decir otras cosas más graves que éstas; pero con ellas basta para llevar a la compunción aun a quien tenga un corazón de piedra y carezca de todo sentimiento de vergüenza. Pues si cada uno de esos pecados conduce a la gehenna ¿qué no harán todos reunidos? Preguntarás: pero entonces ¿cómo podremos conseguir la salvación? Pues empleando los remedios que a tales pecados se oponen, como son la limosna, las oraciones, la compunción, la penitencia, la humildad, el corazón contrito, el desprecio de las cosas presentes. Porque Dios nos ha abierto infinitos caminos de salvación, con tal de que pongamos atención. Apliquemos, pues, la mente y el ánimo; y mediante todos esos recursos, curemos las heridas, haciendo limosna, conteniendo la cólera contra los que nos han hecho algún daño, dando gracias a Dios por sus beneficios, ayunando según nuestras fuerzas, suplicando de todo corazón, procurándonos amigos con las riquezas de la iniquidad. Así podremos alcanzar la remisión de nuestros pecados y los bienes prometidos. Ojalá a todos se nos concedan por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, a quien sean la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.